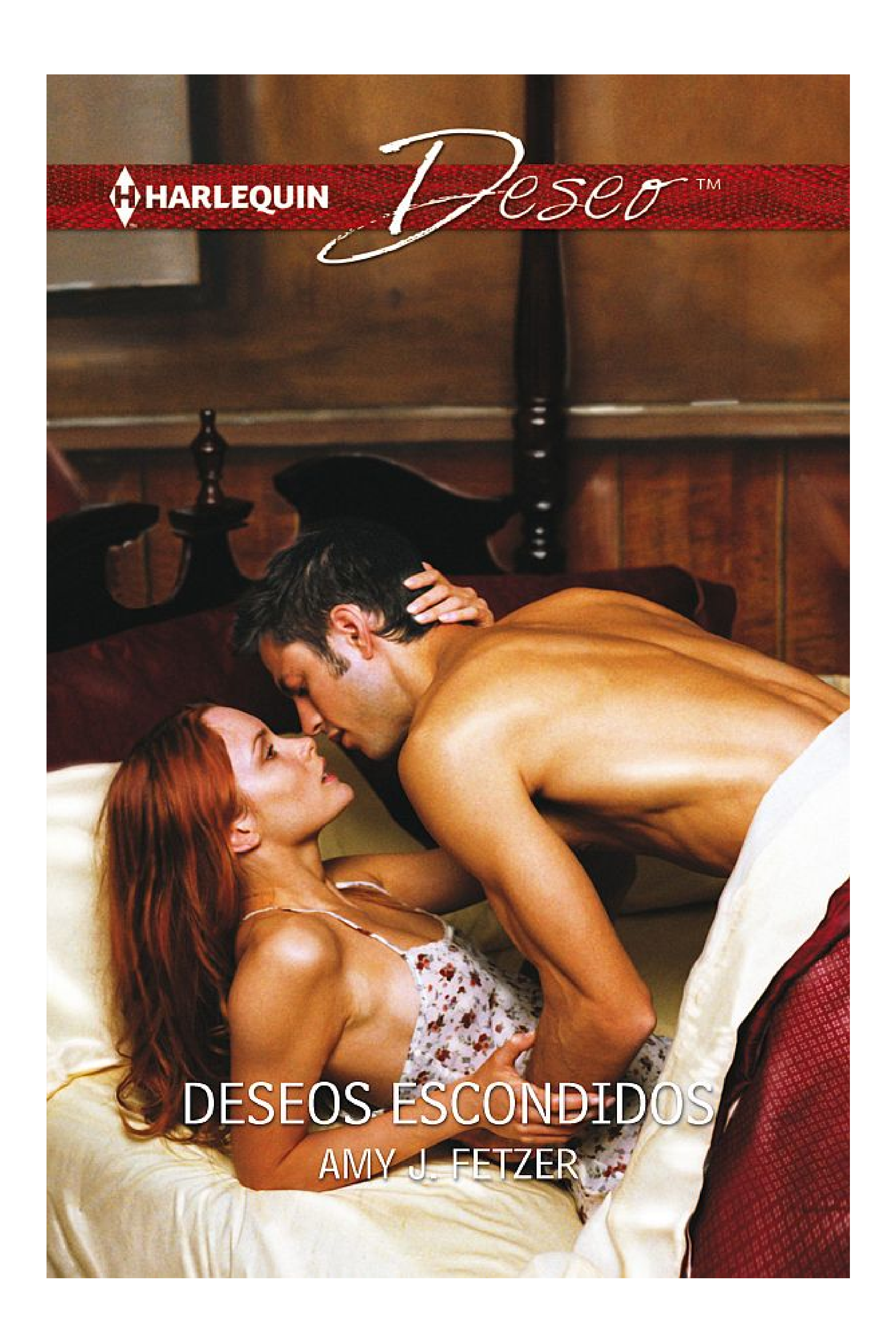

HARLEQUIN
Deseo™
DESEOS ESCONDIDOS
AMY J. FETZER

El dinero no podía comprarlo todo…

El dinero no le servía a Lane Douglas para escapar de los escandalosos rumores que la perseguían allá donde fuera. Así que no le quedó más remedio que inventarse una nueva identidad en una ciudad diferente. Lo que no sospechaba era que su afán por esconder su opulento pasado, despertaría en ella un deseo desconocido.

Sin darse cuenta, se había metido en una lucha incansable con el enérgico *playboy* Tyler McKay, que estaba empeñado en llevársela a la cama. Por mucho que deseara rendirse ante él, no podía arriesgarse a que la relación saliera a la luz… pero ¿y si eso le proporcionaba el mayor placer de su vida?



Amy J. Fetzer

Deseos escondidos

Deseo - 1289

ePub r1.0
LDS 06.12.16

Título original: *Awakening Beauty*
Amy J. Fetzer, 2003
Traducción: Marisa Ferrandis Martín
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 101 / Silhouette Desire (SD) - 1548
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Era en momentos como ése cuando Lane Douglas más se alegraba de haberse cambiado de nombre. Elaina Honora Giovanni no se vería obligada a facilitar sus datos personales a la policía, por lo que no quedarían inscritos en ningún registro y jamás llegarían a manos de la prensa. Había un periodista en particular deseoso de encontrarla y darle caza. Y algo tan simple como un accidente automovilístico podía convertirse en la pista necesaria para dar con su presa.

Al oír el chirrido de unas ruedas frenando sobre la calzada mojada, seguido del estruendoso choque, Lane supo de inmediato que su pequeña furgoneta había sido alcanzada. Echó un vistazo desde la puerta de la librería y comprobó que, efectivamente, un deportivo plateado se había estrellado contra su vehículo aparcado, desencajando las puertas de atrás. Sin embargo, los daños del coche que había perdido el control habían sido mayores: la carrocería delantera se había quedado hecha un acordeón.

«Buona fortuna como siempre» se dijo a sí misma, dejando caer un lote de libros a la entrada de la tienda. La fría lluvia invernal le mojó el pelo y la ropa y arruinó en un instante el cargamento de libros que llevaba en la furgoneta.

Impotente ante la adversidad, Lane miró primero el deterioro de su mercancía y luego al conductor del deportivo que aún seguía delante del volante. Lo oyó jurar en voz alta y tuvo la seguridad de que, al menos, no estaba herido. La puerta del coche se abrió por fin y salió el hombre que lo conducía dirigiendo una primera mirada al

desastre antes de mirarla a ella.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó él sacando un teléfono móvil del bolsillo.

—Sí, gracias. No estaba dentro de la furgoneta. Y usted… ¿está bien?

—Sí, maldita sea —contestó el hombre dando una patada a una rueda reventada, antes de volver a mirarla—. Me llamo Tyler, Tyler McKay —se presentó.

Ella sabía quién era. Era imposible vivir en Bradford, Carolina del Sur, y no conocer a la familia McKay. Tyler era un hombre rico, guapo y deseable. De cabello oscuro y profundos ojos azules, con un cuerpo atlético cubierto por unos pantalones vaqueros y una chaqueta de ante, era el hombre más codiciado de la ciudad.

Ella dirigió la mirada hacia la parte trasera de su furgoneta.

—¡OH, no, mi lote de libros…! —se quejó, consciente de la catástrofe.

—Están hechos una pena —corroboró él cuando terminó de hablar por teléfono.

—Efectivamente —dijo ella echándole una mirada sarcástica—, gracias por reconocerlo.

El se quitó la chaqueta de ante y la colocó sobre parte de los libros que seguían bajo la lluvia.

—¿Qué tal así?

—Es como si le hubiera puesto una tirita a una brecha de catorce puntos.

—No se puede decir que aprecie la galantería.

—Sólo cuando creo que es sincera —repuso ella, apartando la chaqueta para sacar los libros. Podría venderlos de saldo.

—La policía no tardará en llegar —anunció él, ayudándola a meter los libros en la tienda.

—Bien.

—Mire, quiero dejar bien claro que todo esto ha sido culpa mía.

Ella se detuvo para mirarlo, pero al hacerlo cometió un error. El estaba demasiado cerca y ella sintió su potente presencia y su aroma, al tiempo que notaba cómo sus ojos azules se posaban en los suyos.

—La culpa es de la lluvia y de esa curva tan cerrada —dijo Lane.

Él sonrió.

—¿Significa eso que estoy perdonado?

Su sonrisa encendió una llama dentro de ella y le aceleró el pulso. Una oleada de calor la inundó y tuvo dificultades para hacer caso omiso de las reacciones de su cuerpo.

—¿Necesita mi perdón?

—No, pero me gustaría contar con él, sentir que soy un buen vecino y todo eso.

La sonrisa volvió a sus labios y Lane apartó la mirada rápidamente y se puso a colocar los libros sobre una mesa.

—En ese caso, está perdonado. Pero me reservo el derecho de amonestarle. Además, no me ha dado tiempo a poner el resguardo del parquímetro y seguro que me ponen una multa.

—Yo la pagaré, lo prometo.

—Eso sí es galantería.

El sonrió de nuevo y Lane sintió que algo se derretía en su interior, en contra de su voluntad.

—¿Cómo se llama?

—Lane Douglas —la mentira salió fácilmente de su boca después de casi dos años de entrenamiento. Era una pena que tener que mentir sobre su identidad se hubiera convertido en una costumbre. Él extendió la mano y ella se la estrechó brevemente antes de retirarse un poco. Su piel era deliciosamente cálida y a pesar de que ella había supuesto que tendría un tacto suave, había sentido la presión de una dureza, probablemente de jugar al golf.

Ella le dio la espalda y se puso a calcular mentalmente el costo de reemplazar todos los libros que habían quedado dañados.

—Bonito lugar —comentó él—. ¿Es nuevo?

—Lleva aquí por lo menos ciento cincuenta años, señor McKay —repuso ella, a sabiendas de que él probablemente se refería a la restauración.

—Llámame Tyler, por favor. El señor McKay es mi padre.

—No quiero que entremos en el terreno de lo personal, es posible que tenga que llevarlo a juicio.

—Pagaré gustosamente por todos los daños, señorita Douglas —dijo él con la mirada entornada.

—De acuerdo —repuso ella entregándole su carné de identidad y la póliza del seguro—. ¿Por qué no se ocupa usted de resolver los trámites con la policía? —añadió señalando a las intermitentes luces

azules que se veían a través del escaparate.

Tyler la miró durante un instante y con un seco gesto de aquiescencia se dirigió hacia la calle. A ella no le preocupó que la policía viera su documentación, puesto que Lane Douglas no tenía nada que ocultar. Si hubiera seguido siendo una Giovanni habría tenido que vivir en una burbuja de cristal. Pero se había convertido legalmente en Lane Douglas y podía llevar una vida normal. Aunque tomar semejante decisión le había costado un trabajo increíble ya que era una de las herederas de la mejor bodega de Italia.

Debía librarse de Tyler McKay cuanto antes para no despertar su curiosidad y luego todo volvería a la normalidad. Llevaba más de un año evitando a la familia McKay, que era muy conocida en el estado y salía frecuentemente en la prensa. Como los Giovanni. Tyler McKay era lo suficientemente rico como para haber frecuentado los mismos círculos de la sociedad internacional que su propia familia. Y lo que ella deseaba evitar a toda costa era que alguien pudiera reconocerla, puesto que hacía dos años su rostro había aparecido en las primeras páginas de toda la prensa mundial. Tenía que mantener su verdadera identidad en secreto. La única persona que conocía su paradero era su padre y éste había prometido no descubrirla.

Mientras el agente tomaba notas para el informe policial. Tyler pensó que esa mujer era como un témpano de hielo. Echó un vistazo a través del escaparate y la vio removiendo los libros de una caja, vestida con unas ropas anodinas que parecían estarle demasiado grandes, con los ojos cubiertos por unas gafas de concha de estilo anticuado, el pelo rojo oscuro recogido y los pies protegidos por unas horrorosas botas que parecían de combate.

Le recordaba a la típica profesora solterona, pero había algo en ella que lo intrigaba. No sabía lo que era, pero sus ojos eran increíblemente profundos y de color *whisky* añejo, aunque apenas se veían detrás de las gafas.

Parecía una persona reservada, entregada a su negocio. Tyler jamás se había cruzado con ella anteriormente, lo cual era extraño porque creía conocer a todos los habitantes de Bradford.

—Necesito hablar con la señorita Douglas —dijo el agente de policía.

Tyler asintió y ambos entraron en la tienda. En la calle hacía frío y caía una molesta lluvia, pero en la casa convertida en librería el ambiente era cálido y olía a canela. Ella no estaba en el mostrador y él la llamó por su nombre. Lane apareció desde el fondo del establecimiento con una bandeja llena de tazas de café y bollos.

—Para combatir el frío —comentó, pensando que una cosa era no trabar amistad con un McKay y otra comportarse con grosería con alguien que conocía a todo el mundo en la ciudad y podía recomendar su tienda de libros. Era una simple cuestión de negocios.

Tyler tomó una taza y se calentó las manos con ella. El policía declinó la invitación, le hizo unas cuantas preguntas, le entregó una copia del informe a cada uno y se marchó. Tyler dio un sorbo al café mientras Lane deseaba que se fuera lo antes posible. Ese hombre la ponía nerviosa, más nerviosa incluso que cuando el FBI la había interrogado sobre las supuestas actividades ilegales de su hermano Ángel con la mafia.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos conocido antes? —preguntó él.

—Yo vendo libros. ¿Usted lee?

—Por supuesto.

Una tenue sonrisa afloró a los labios de Lane y Tyler volvió a perderse en la profundidad de sus ojos color miel.

—No lo suficiente, por lo visto, señor McKay.

Tyler sonrió.

—Está todavía enfadada por lo de la furgoneta.

—No, en realidad no. Puede que el seguro me permita comprarme una nueva.

—Tendría que haber sido un siniestro total, lo cual no es el caso.

—Siempre podría dejarla donde está y esperar a que usted volviera por aquí para acabar con ella definitivamente.

Él rió. Sonó la campanilla de la puerta de entrada y entró un chico de unos doce años.

—Madre mía, qué tormenta —dijo el recién llegado—. Hola, señor McKay.

—Hola, Davis.

—¿Es suyo el coche que hay espachurrado ahí afuera?

—Desgraciadamente sí.

—Es una lástima ver un coche tan bonito destrozado.

—Puede arreglarse.

Lane los miró a ambos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó al niño.

Éste le enseñó un cartel publicitario de la Feria de Invierno.

—¿Puedo ponerlo en su escaparate?

—Claro —repuso ella, tomándolo y acercándose a la ventana con un trozo de cinta adhesiva.

Tyler observó cómo la fría mujer de negocios se convertía en una amable colaboradora. Y no lo entendió. Pocas mujeres, por no decir ninguna, eran inmunes a su encanto.

—Hasta pronto, señor McKay —se despidió el niño.

—Hasta pronto, Davis.

—Cuidado con el tráfico, hay conductores que van un poco locos por ahí —dijo Lane.

—No renuncia nunca a la posibilidad de salir victoriosa, ¿eh?

—No todos los días choca contra mi furgoneta el coche del *play* boy más codiciado de la ciudad.

—Ya me ha perdonado. Además, ¿quién le ha dicho que soy un *play* boy?

—Todo el mundo, McKay —contestó ella con un suspiro, tratando de hacerle caso omiso.

—Son todo mentiras, lo juro.

Lane lo miró. Él sonreía, pero ella deseó que se marchara de una vez por todas.

—No necesita defenderse. Suelo formarme opiniones propias y aunque sé quién es, no me importa lo que haga.

—Intrigante. Una mujer que no está interesada en los cotilleos que corren por ahí.

Ella levantó la vista.

—¿No debería estar en algún lugar haciendo algo? Por ejemplo, trabajar —dijo Lane deseando quitárselo de encima.

Tyler la miró, seguro de que esa mujer podía congelar las intenciones de cualquier hombre que se le acercara, pero algo dentro de él lo empujó a intentar derretir el hielo.

—Pues no.

—Ah, la vida de los ricos…

—Está lloviendo —le recordó él—. No creo que aparezcan

muchos clientes por aquí hoy.

—Se sorprendería de lo que es capaz de hacer la gente para conseguir un buen libro en un día como éste. Es perfecto para acurrucarse en el sofá y ponerse a leer.

A él no le hubiera importado acurrucarse allí mismo, aunque no podía comprenderlo. Esa mujer no era precisamente el sueño dorado de cualquier hombre y, sin embargo, esos ojos…

—¿Va a participar en la Feria?

—No.

Esa respuesta lo sorprendió. La Feria de Invierno concentraba cada año a todos los comerciantes de Bradford. Era bueno para la ciudad y para los negocios. Además, era muy divertido porque se organizaban un montón de actividades paralelas durante quince días. La gente venía de todas las partes del estado para verlo.

—¿Y eso?

—Es una decisión que he tomado.

—Aguafiestas —él hubiera podido jurar que ella estaba tratando de no sonreír de nuevo—. Todos los comerciantes de la ciudad participan.

—¿El propietario de la gasolinera también? —preguntó ella enarcando una ceja.

—Lo juro. Denis ofrece un lavado gratis con cada llenado del tanque de gasolina.

—Yo vendo libros y no creo que una caseta de feria sea el lugar más adecuado.

—Pero también vende cafés —dijo él haciendo un gesto que abarcaba la esquina donde había una pequeña barra de bar y unos cómodos sillones.

—Vaya contribución… —se mofó ella—. Unos cafés con nata.

—Si la tarde es fría, le aseguro que tendrán mucho éxito. ¿Por qué no lo intenta?

—Da la impresión de que fuera usted el alcalde.

—Hum. El alcalde McKay, me gusta.

—¿Por qué no se va a trabajar, a ganar más dinero? —preguntó ella desabridamente, quitándole la taza de las manos.

—¿Trata a todos los clientes con la misma amabilidad?

—Me guardo la cortesía para los grandes compradores.

Tyler chasqueó la lengua, le gustaba su sentido del humor

rayano en el sarcasmo.

—Se arruinará en cuestión de un mes si persiste en esa actitud.

—Llevo aquí más de un año, McKay. Y sobrevivo.

—¿Y la simple supervivencia colma todas sus ambiciones?

Ella lo miró y él supo que acababa de entrar en terreno pantanoso.

—No hace falta que insista, McKay. Ya ha cumplido con sus obligaciones como buen vecino.

—Oiga, ¿soy yo el que le molesta o es que no le gusta el nombre de los McKay?

Los McKay, gente poderosa y adinerada, privilegiados. Y Tyler estaba allí pensando que era una pobre vendedora de libros. Estuvo a punto de decirle que sabía exactamente cómo se vivía sin problemas de dinero. De decirle que sabía lo que era aparecer en la primera página de la prensa de dos continentes. De hablarle de la Bodega Giovanni, sospechosa de lavar dinero negro para la mafia. Y todo porque el periodista Dan Jacobs había logrado seducirla y le había prometido amor eterno cuando lo único que pretendía era conocer los detalles de su vida privada para escribir el mejor reportaje de su vida. Quería contarle cómo su fulgurante carrera como diseñadora de modas se había venido abajo en cuanto la reputación de su familia se había puesto en duda. Pero lo peor de todo había sido que ella lo había amado y él la había traicionado.

Lane miró al suelo, con el corazón encogido, sintiendo aún el dolor del aquel momento. Se había encerrado en sí misma porque personas a las que amaba le habían mentido. La gente era capaz de hacerte daño y no darle la menor importancia siempre que de esa manera consiguiera lo que quería. La gente como Dan Jacobs. Sin embargo, los libros suponían un refugio seguro…

—¿Señorita Douglas? —La llamó Tyler—. Ella alzó la mirada hacia él, forzando una sonrisa—. ¿Se encuentra bien?

La expresión de ella se tornó en falsa animación y él se sintió aún más intrigado. Parecía como si la rodeara un aura de regia grandeza, sin arrogancia, pero llena de dignidad y sofisticación que el torpe atuendo de vendedora de libros no lograba ocultar a sus ojos.

—Aunque parezca redundante, sí, me encuentro perfectamente. —Tyler no estaba acostumbrado a que una mujer lo rechazara tan

abiertamente y tuvo que admitir que se sentía nervioso. La miró en silencio—. ¿No debería usted estar llamando a un a grúa? ¿O a la oficina? ¿O a su novia?

«No», pensó él, no tenía ninguna novia, al menos ninguna estable. En aquellos momentos estaba jugando a tener aventuras esporádicas porque no hacía demasiado tiempo había estado a punto de dar el «sí, quiero» a una mujer que no lo merecía. A una mujer que deseaba el dinero de los McKay, pero no al hombre. Ya habían pasado casi dos años de eso y el dolor se había atenuado, pero el recuerdo de lo ciego que había estado aún lo atormentaba.

—No tengo ninguna novia a la que llamar y la grúa ya está avisada, pero gracias por preocuparse por mí —dijo apoyándose en el mostrador—. Realmente está deseando librarse de mi, ¿no? ¿Por qué?

Lane se mantuvo firme en su postura, lo cual fue un error porque desde esa distancia podía oler el embriagante perfume de Tyler. Y el conjunto de pantalones vaqueros con chaqueta de ante le daba un aire irresistible.

—A diferencia de los ociosos millonarios, yo tengo que dirigir un negocio.

La voz de ella era como el humo, grave y profunda, y Tyler trató de localizar el acento. No era del sur, eso seguro, y a veces sonaba ligeramente europea.

—¿Señor McKay?

—¿Sí?

—Creo que su móvil está sonando. ¿Será el club de admiradoras? —ironizó ella.

Él hizo una mueca antes de contestar al teléfono.

—¿Mamá? Hola…, sí, me encuentro bien. —Lane reprimió una risotada—. Pasaré a verte de camino a casa, sí Hasta luego. —Tyler colgó el teléfono y miró a Lane—. Tengo que ir a casa de mi madre a demostrar personalmente que no me he abierto la cabeza. Por favor, envíeme la factura de los libros —dijo dirigiéndose a la puerta.

—Lo haré.

—O mejor aún, mañana puedo venir y recogerla yo mismo.

—El sistema de correos funciona perfectamente, señor McKay. Casi nadie lo pone en duda.

—Yo no soy una persona cualquiera, señorita Douglas —dijo Tyler con una sonrisa.

Él cerró la puerta tras de sí y, una vez en la calle, detuvo un taxi y se marchó, abandonando allí el coche destrozado.

Y Lane tuvo una premonición: algo dentro de ella le decía que ésa no era la última vez que iba a ver a Tyler McKay. Lo cual resultaba ciertamente peligroso.

Capítulo 2

Tyler se apoyó sobre la encimera de la cocina de la casa de sus padres y dio un mordisco a un sándwich. Se alegró de estar allí porque en la nevera de su casa no había nada en buen estado. Debería acostumbrase a ir de compras y a dedicar tiempo a cocinar en casa.

—No puedo creerme que no hayas estado en esa librería hasta hoy —dijo su madre, sirviéndose una taza de té.

—¿Tú la conocías?

—Estuve en una ocasión, con Diana —su madre era amiga desde la infancia de Diana Ashbury, Tyler se había criado con sus hijos y el mayor, Jace, era de su edad—. ¿Y qué opinión te merece la propietaria? Diana compra allí muy a menudo y la adora.

—¿La adora? —Tyler estuvo a punto de atragantarse con un sorbo de refresco. No podía creerse que nadie pudiera adorar a la Lane que él conocía. La mujer era ocurrente, pero más fría que una noche de invierno. Sus ojos decían: «ni se te ocurra pensar en ello». Y, precisamente por eso, a él le entraban cada vez más ganas de pensar en ello.

—Desde luego. Diana dice que es capaz de buscarte cualquier libro y no cobrar por la gestión.

Esa forma de trabajar era inteligente por su parte, pensó Tyler con una mirada de apreciación. Era una pena que Lane no derrochara un poco más de encanto. Aunque era posible que sólo fuera él el rechazado.

—No va a participar en la Feria de Invierno.

—¿No? Y eso… ¿por qué?

Tyler se terminó el sándwich y cuando agarró un paño de cocina, en vez de una servilleta, para limpiarse la boca, su madre lo regañó.

—Juraría, Tyler McKay, que te he enseñado mejores modales.

—Es cierto, lo siento —repuso él con cara de sumisión—. No sé por qué no quiere participar. No me dio la impresión de que deseara mezclarse con la gente.

—Bueno, la verdad es que siendo nueva en la ciudad debería intentar integrarse con el resto de los comerciantes. Todo el mundo comenta lo bien que ha hecho la restauración de ese viejo edificio. Y yo, como miembro de la sociedad de protección del patrimonio histórico, estoy encantada. Si no lo hubiera comprado ella, el ayuntamiento lo hubiera derribado.

Tyler admitió que la casa de dos plantas había quedado espectacular, pintada en un amarillo suave y con las cancelas y ventanas en verde. Con un porche decorado por una moldura en el alero. Se resintió de no haberse dado cuenta hasta ese día.

¿Estaba tan absorbido por el trabajo que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor? ¿Tan concentrado estaba en alcanzar el sueño de su padre, que había consistido en convertir la empresa local en un negocio estatal?

—Sí, creo que la señorita Douglas debería participar —dijo su madre, sacándolo de su ensimismamiento—. Igual se lo pido yo misma. Diana es la directora de la feria, ya sabes.

—Como todos los años —su madre y la amiga de ésta habían presidido casi todos los comités de actividades de Bradford a lo largo de su vida—. Espero que no vayáis a prepararle una encerrona, me echaría a mí la culpa.

—¿De veras? ¿Por qué?

Al ver que su hijo no contestaba, ella le echó una mirada de reojo y mostró una sonrisa espléndida.

—¡Te sientes atraído por ella!

—Claro que no. Bueno, es posible. Es difícil saberlo —se frotó la cara. Todo era muy raro. Lane no coincidía con su tipo de mujer ni por asomo, fuera este cual fuera. Pero no era un tema con el que deseara hablar con su madre—. No la conozco en absoluto, en parte porque no parece dispuesta a dejar que nadie se le acerque mucho.

—¿A nadie? ¿O a ti?

Tyler no sabía qué pensar, la había visto mostrarse amable con Davis, pero a él… la verdad era que prácticamente lo había echado de la tienda.

—A mí.

—Qué tontería. Estás imaginando cosas, Tyler.

Acabas de conocerla. Y, además, recuerda que has chocado con su furgoneta. La primera impresión no ha sido nada buena, hijo. Pero lo que me sorprende es que no se parece en nada al tipo de mujeres que suelen gustarte.

—Yo no me lo tomaría en serio. Además, no estoy buscando esposa, así que contén esa sonrisa tan pícara, ¿de acuerdo?

—Clarice nunca fue la mujer adecuada —dijo su madre con una mueca—. ¿No puedes superarlo?

—No, y creí que a ti te gustaba.

—La toleraba porque tú la habías elegido —repuso ella frunciendo el ceño con disgusto.

Eso era una novedad.

—Por Dios, madre, ¿por qué no dijiste nunca nada?

—Las madres tenemos la obligación de aceptar y amar a la mujer que nuestros hijos aman.

El no dudó ni por un instante que ella estuviera convencida de semejante tontería y de que lo hiciera con buenas intenciones.

—En el futuro, me gustaría saber tu opinión.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Porque tienes talento para juzgar a la gente y, por otra parte, de haber conocido antes tu opinión sobre Clarice, quizá me hubiera ahorrado la humillación a la que me ví sometido al conocer la verdad.

Eso había sucedido durante la semana anterior a la fecha de la boda, apenas un par de días antes de que los invitados foráneos tuvieran que empezar a tomar aviones para asistir a la ceremonia. Estaban en una fiesta en casa de unos amigos, cuando por pura casualidad oyó cómo Clarice le explicaba a una de sus damas de honor «que sería capaz de soportar cualquier cosa, incluso al propio Tyler, con tal de beneficiarse del dinero de los McKay». Tyler había roto el compromiso en mitad de la fiesta, había recuperado el anillo de compromiso de su abuela y se había marchado sólo de luna de

miel. No le había resultado fácil regresar al cotilleo de Bradford, aunque las únicas personas que sabían la verdad eran su padrino, su hermano Kyle y sus padres.

No se había preocupado de lo que Clarice pudiera estar contando por ahí, pero había oído suficientes mentiras como para saber que no se había quedado callada. Nunca había intentado defenderse. En lo que a él se refería, la puerta de esa fase de su vida había quedado cerrada para siempre. Y no pensaba volver a abrirla.

—Han pasado ya dos años, Tyler.

—¿Y a quién le importa? Estoy disfrutando de la vida, madre, así que no insistas —dijo él, besándola en la frente antes de desaparecer como por ensalmo. Pero el error que había estado a punto de cometer aún le dolía y lo peor de todo era que desde entonces sabía que no podía confiar en su propio juicio con respecto a las mujeres.

* * *

Lane se arrellanó en un cómodo sillón de orejas, dejando la taza de té en la mesilla auxiliar antes de arroparse con una manta afgana. Era su ritual vespertino para ponerse a leer después de haber cerrado la tienda. Un buen libro, un té, una manta, un foco de luz suave y música. Y el aroma de las galletas de canela que compraba en la pastelería de la esquina. Los placeres más sencillos de la vida.

Antes de llegar a Bradford había estado demasiado ocupada con su vida social y laboral como para necesitar un ritual nocturno que la ayudara a soportar su soledad. Nunca se había imaginado que alguna vez podría llegar a sentirse tan aislada. Se estremeció de frío y se arropó un poco más. Su apartamento, que estaba sobre la librería, tenía cuatro habitaciones y una cocina. Había otra pequeña cocina abajo y ella había añadido una barra para servir cafés con nata y unos sillones para que los clientes pudieran curiosear los libros, charlar con ella, y sentirse a gusto.

Sonó el teléfono y ella sintió una especie de alarma interior. Lane parpadeó, podía ser de nuevo su padre para insistirla en que regresara a la casa familiar. Al final se animó a descolgarlo.

—Hola, Lane.

Era Tyler McKay, la última persona que hubiera esperado que llamara.

—Éste es un número privado. ¿Cómo lo ha conseguido? Voy a tener que demandar a la compañía telefónica.

—Imposible. Me lo ha dado Diana Ashbury.

—Tendré que cobrarle un plus la próxima vez que venga a por libros —él rió—. ¿Qué desea usted, señor McKay?

* * *

—Lo primero, que me llames Tyler. —¿Conseguiré así que desaparezca de mi vida?—. Yo no lo daría por hecho. Te llamo para ver si quieres colaborar en los servicios comunitarios.

—¿A qué servicio en concreto se refiere? —Al teatro infantil.

—No, imposible. Nunca he trabajado con niños. Además no tengo talento para el bricolaje. —Vamos, seguro que sabes golpear con un martillo.

—¿Y acertar en un clavo?

El rió suavemente, de forma íntima, y ella se preguntó durante un instante si la estaría llamando desde la cama.

—Me encanta tu sentido del humor.

—Es usted patético —dijo ella sin poder evitar una sonrisa.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Cómo?

—¿Llevas esas horribles botas cuando estás en casa?

—No, las he dejado junto a la puerta de la librería para que hagan la guardia nocturna.

Él chasqueó la lengua y ella sintió que la sangre se le derretía en el cuerpo.

—Déjame adivinar. Vas vestida de franela de arriba abajo.

Lane se miró el camisón de seda de color burdeos.

—Efectivamente, de franela decorada con margaritas y un lazo rosa. ¿Y se puede saber cuál es el objeto de esta conversación…?

—Simple curiosidad.

—Hola, Ramses —dijo Lane mientras el gato negro se incorporaba sobre su regazo.

—¿Estás hablando conmigo?

—No, con mi gato, Ramses.

—¿Por qué Ramses?

—Porque los egipcios adoraban a los gatos y yo creo que llevaban razón.

La risa de él fue como un estallido.

—Una mujer que se viste de franela y adora a un gato tiene muchas posibilidades de llevar una vida demasiado solitaria, Lane.

—Estaré predestinada, entonces.

El volvió a chasquear la lengua. —Puedes deshacer el encantamiento.

—¿Y a usted qué le importa?

—Eres demasiado *sexy* para estar encerrada.

Ella parpadeó y miro al gato con una mueca: «¿*sexy*?». Sólo Tyler McKay podía considerar *sexy* a una mujer que se vestía casi con harapos de talla gigante y botas de combate. En realidad había adoptado ese disfraz para pasar lo más desapercibida posible.

—¿Necesitas gafas? —preguntó ella con ironía—. Veo perfectamente, gracias, y… me gusta lo que veo.

Ella se sonrojó de excitación.

—Buenas noches.

—No, buenas noches, no. Buenas noches, Tyler —explicó él con paciencia—. Dilo. No va a darte un infarto por una cosa así.

—Buenas noches, Tyler —dijo ella, juguetona, con voz ronca antes de colgar.

Aunque se sentía halagada, no podía permitir que ese hombre se le acercara demasiado. Era un peligro para su forma de vida. Si alguien descubría su verdadera identidad, estaría perdida.

Lane echó un vistazo a un cliente que acababa de entrar y reconoció el magnífico corte de su traje italiano antes de darse cuenta de quién lo llevaba puesto. Estaba impresionada, y tuvo que contenerse para que no se le quedara la boca abierta. Tyler McKay podría haber sido uno de sus modelos de pasarela. Su aspecto era excelente, pero no pensaba confesarlo en voz alta.

—¿Pretende demostrarme que trabaja para vivir o está jugando a los disfraces?

—Vengo de una reunión y dentro de unos minutos tengo otra.

Él se detuvo delante del mostrador y Lane recordó el tono de su

voz la noche anterior, suave y profunda, envolvente. Después de la llamada había sido incapaz de concentrarse en la lectura.

—¿Para qué ha vuelto?

—Le he traído su vehículo —dijo señalando una furgoneta negra de último modelo que estaba aparcada junto a la acera.

—Ése no es mi vehículo, señor McKay.

—Lo sé. El suyo era casi una antigüedad. Tardarán unos días en arreglarlo. Éste es alquilado.

—Mi seguro me ofrece un coche de repuesto.

—Y el mío también. Ése.

—No estoy de acuerdo.

—Mire, Lane, fue culpa mía. Es normal que sea mi seguro el que se haga cargo de los gastos. Daría lo que fuera por discutir conmigo, ¿no?

—Efectivamente. Supongo que se me nota en el tono de voz.

—No la conozco lo suficiente, pero eso podríamos arreglarlo… —Ella le dirigió una mirada que lo detuvo en seco—. De acuerdo, manténgase a la defensiva, pero lo que está claro es que necesita un medio de transporte —dijo él agitando las llaves.

—Dispondré de mi propia furgoneta en cuanto la arreglen. Me gusta conducir vehículos históricos —repuso ella levantando la barbilla.

—El suyo ya debería estar en un museo, créame. Ha llegado la hora de que se modernice.

—¿Le organiza usted la vida a todo el mundo o sólo a mí?

—Me gustaría que participara en la feria.

—No cambie de tema. No necesito ni su coche ni su dinero, McKay. De hecho, no lo quiero.

Tyler sonrió y Lane se sintió como si el corazón fuera a explotarle de júbilo, pero se controló inmediatamente. Sin embargo, se preguntó cuánto tiempo hacía que no conocía a una persona que sonriera tan a menudo. Era raro encontrar a un hombre que se sintiera tan satisfecho de la vida. Pero una voz interior la previno: ¿tendría algo que ver que el hombre en cuestión fuera millonario? Lo cierto era que un hombre así no debía tener demasiadas preocupaciones vitales. ¿O sí? ¿Y qué hacía flirteando con ella? ¿Estaría simplemente poniendo a prueba su encanto con una desconocida? Ella sabía que tal y como iba vestida y peinada, y sin

maquillaje, no resultaba una mujer atractiva. Había decidido adoptar ese disfraz intencionadamente. Cuanto más irreconocible resultara, mejor.

Ella había sido diseñadora de modas y había celebrado desfiles en Milán y París. Sabía lo que la ropa de calidad podía conseguir sobre un cuerpo agraciado y, precisamente por eso, había decidido ocultarse bajo varias capas de telas completamente anodinas. Había elegido los colores que menos la favorecían y se había sujetado lo que anteriormente había sido una brillante melena de pelo rojo oscuro en un adusto recogido. Llevaba gafas porque las necesitaba, pero aunque guardaba un par de diseño en la mesilla de noche, solía trabajar con un modelo muy anticuado que, además, tenía los cristales demasiado grandes para su rostro.

—He venido para volverle a pedir que participe en los servicios comunitarios.

—Mi tienda ya es un servicio social.

—Pero los niños… —dijo él con tono lastimero.

—Es injusto que me suplique de esa manera —repuso ella, ocultando una sonrisa.

—Utilizo todos los recursos que tengo a mano.

—Los niños ya tienen a sus padres para ayudar. Yo no tengo nada especial que ofrecer —era la triste verdad, ella era una diseñadora de modas incapaz de poner orden en un jaleo infantil.

Sonó la campanilla de la puerta y entró una mujer. Se detuvo y curioseó un poco la tienda. Era delgada y pequeña, con el pelo cano cortado a la perfección. Llevaba un atuendo clásico: pantalones de color crema, camisa azul marino y chaqueta crema a juego con los pantalones. Alrededor del cuello destacaba un pañuelo cruzado y sujeto sobre el pecho con un alfiler de brillantes. Era una mujer elegante, pensó Lane mientras ella se acercaba. Se paró al lado de Tyler.

—Hola, madre —dijo él con un cierto tono de molestia—. ¿Nuestra conversación de ayer no ha servido para nada?

—Tú me hablaste, pero yo no te escuché. Soy tu madre y me puedo permitir esas libertades —dijo propinándole un golpe despreocupado en el pecho—. Preséntanos.

Lane salió de detrás del mostrador con la vista fija en Tyler.

—Bienvenida, señora McKay. Soy Lane Douglas. Encantada de

conocerla. Diana Ashbury me ha hablado mucho de usted.

—Es un placer, cariño. Y llámame Laura. Estuve una vez aquí con Diana. Ella adora tu tienda.

—Suele sentarse en la esquina con una taza de café y una novela policíaca.

—Creo que le tienta más el café con nata y la tranquilidad que los propios libros.

Lane les ofreció un café y se dirigió a la barra. Mientras lo preparaba, el ruido de la cafetera italiana atenuó sus voces. Cuando pudo distinguirlas de nuevo estaban hablando sobre… ella.

—Intenté que Lane participara como comerciante en la Feria de Invierno, pero ante su negativa, he regresado para convencerla de que colabore en el festival infantil.

—¿No piensa dejarme tranquila nunca? ¿Piensa utilizar toda su munición en esto? —dijo Lane, boquiabierta.

—Sabía que la batalla sería dura —comentó Tyler, echándole una mirada de reproche a su madre.

—Tyler, compórtate. Si te ha dicho que no, es que no —intervino ella.

—Claro, mami —contestó el aludido con tono burlón, pero cariñoso.

Lane no pudo evitar una sonrisa. Al menos había alguien en el mundo capaz de poner a ese hombre en su sitio.

—Aunque la verdad es que nos vendría muy bien un poco de ayuda —continuó Laura McKay.

—Ella piensa que con la colaboración de los padres de los niños basta —explicó Tyler.

Lane lanzó una mirada de advertencia a Tyler.

—Puedo hablar por mí misma, gracias —dijo sirviendo los cafés—. Me gustaría que entendieran que no quiero implicarme demasiado en las actividades de la ciudad todavía porque sólo hace un año que estoy aquí instalada y, además, trabajo sola, nadie me ayuda.

Laura dio un sorbo al café con nata y se relamió los labios.

—Está buenísimo —comentó Laura—. No me extraña que Diana se refugie aquí de vez en cuando —dejó la taza sobre la barra—. Puedo entender que el negocio sea una prioridad para ti. Sin embargo… —hizo una pausa para dedicar una suave sonrisa a Lane

—, sólo necesitamos un par de manos extra. Los padres están colaborando al límite de sus posibilidades y Tyler está encargado de los decorados.

—¿Cómo voluntario u obligado por las circunstancias? —preguntó Lane con suspicacia.

—Un poco de cada —dijo él, llevándose la taza a los labios.

Lane lo miró, preguntándose si esa boca parecería tan deliciosa sobre sus labios, y recordándose al mismo tiempo que ella deseaba estar sola por razones bien justificadas.

—Por favor, Lane —dijo Laura suavemente—. La restauración de esta casa demuestra que tienes un gran talento para el diseño.

—Gracias, es sólo un pasatiempo —dijo Lane, arrepentida de tener que mentir, especialmente a una señora tan amable. Una ligera sensación de culpa la obligó a dudar.

—¿Cuánto tiempo tendría que dedicarle?

Laura volvió a sonreír, satisfecha.

—Sólo un par de horas después de cerrar la tienda. La Feria empieza la semana que viene y tenemos que tener todo dispuesto para la obra de teatro infantil que la inaugura.

—De acuerdo —dijo Lane—. Un par de horas después de cerrar —aceptó haciendo caso omiso de la amplia sonrisa de Tyler—. ¿Es necesario llevar algo?

—No, los comerciantes que participan han aportado los materiales necesarios —dijo Laura—. ¿A las siete en el teatro?

Lane asintió.

Laura se despidió rápidamente y se fue. Tyler se quedó.

—La primera sesión es esta noche —dijo él antes de dar otro sorbo al café.

—Una promesa es una promesa, McKay. Allí estaré —él consultó el reloj—. ¿Se tiene que marchar? Qué lástima. Llévese el coche que ha traído.

Tyler la agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí; el corazón de Lane bailoteó una danza muy antigua.

—Tu piel es tan suave… —dijo él.

—McKay… —se quejó Lane—. Uso buenas cremas.

Los dedos de él se deslizaron por su brazo y Lane se sintió sumergida en un juego que podía prolongarse eternamente. Si no se detenía, era capaz de llevárselo a la trastienda y tratar de besarlo.

Tyler la miró.

—No sé qué es lo que me está volviendo loco de ti, Lane Douglas, pero estoy deseando adivinarlo.

—No tengo nada de especial, así que la espera va a ser larga.

Él se acercó un poco más y Lane deseó que la besara.

—Soy un hombre sureño, tenemos mucha paciencia —dijo Tyler.

—Dígale eso a la parte trasera de mi furgoneta.

El reloj de él emitió unos pitidos de alarma y Tyler se separó de ella. La miró durante un largo instante, soltó un suspiro, hizo una mueca y se dirigió hacia la puerta. Ella se dio cuenta de que había dejado las llaves del coche sobre el mostrador.

—Señor McKay, llévese estas llaves.

Él hizo caso omiso y giró el pomo para salir.

—¡Tyler! —gritó Lane, enfadada.

El se volvió y le dirigió una mirada de triunfo antes de desaparecer.

—Hablar con un hombre es como hablar con una pared —musitó Lane, tomando las llaves. Todavía estaban calientes de haber estado en la mano de Tyler. Se las metió en un bolsillo y decidió olvidarse de ellas. Y olvidarse de Tyler. Pero su fortaleza se vino abajo al cabo de unos segundos. Ese hombre… era peligroso, pensó, repentinamente consciente de que podía llegar a enamorarse de él.

Capítulo 3

Las luces del teatro de la ciudad eran casi cegadoras. Los niños y los adultos ocupaban todo el escenario, distribuidos en grupos de actividad.

Lane casi había llegado hasta ellos, buscando a Diana, cuando vio a Tyler entrar desde la calle cargando unos tablones. El se detuvo junto a ella en cuanto la vio y sonrió abiertamente, calentándola hasta lo más profundo de su ser.

—Sabía que vendrías —dijo Tyler.

—No te regodees, McKay. He sucumbido al poder del matriarcado, nada más.

—Es bueno saber que eres sensible a algo.

También era sensible a él, pensó Lane, al recibir de Tyler una mirada profunda que llegaba más lejos de lo que ella hubiera considerado cortés. ¿Por qué estaba él tan interesado en ella? Tendría que empezar a pensar en empeorar su apariencia un poco más todavía, se dijo mientras lo miraba desplazarse con los tablones al hombro. Aunque tuvo que reconocer que lo que realmente estaba mirando era su tenso trasero embutido en unos pantalones vaqueros.

Lane dio con Diana Ashbury, la directora del evento. Tenía el pelo corto y oscuro y su rostro parecía de porcelana y le recordó al de su madre. Era evidente que Lionetta Giovanni no se dejaría nunca atrapar en un servicio voluntario, si no que se limitaría a dar un donativo. Diana apareció vestida con vaqueros y sudadera, protegida por un delantal.

—Gracias por venir, Lane.

—Sólo son un par de manos deseosas de ayudar —repuso ella.

Diana suspiro y señaló a los grupos.

—Puedes elegir cualquier trabajo.

—Haré lo que sea más necesario.

—Los disfraces están casi sin empezar… —dijo Diana con un ligero tono de súplica.

¿Disfraces? Un lugar recóndito en el corazón de Lane empezó a palpitar. Coser, incluso cortar telas. No sería alta costura, pero podría volver a diseñar, aunque fuera para una función infantil.

—Ni una palabra más. Me dedicaré a eso —dijo.

Lane se dirigió a la zona de la orquesta, donde había una mesa grande y un par de máquinas de coser, que estaban utilizando dos de las madres. Había metros de diferentes telas por todas partes, botones y ribetes de terciopelo. Media docena de críos correteaban por allí, sin control. Lane se presentó a las dos mujeres, Suzanne y Marcy.

—¿Por qué no os tomáis un respiro y me cedéis la labor de costura? —dijo Lane.

—¿De veras?

—Claro.

Las mujeres suspiraron aliviadas y se fueron a por sus hijos, que se estaban acercando peligrosamente a las labores de montaje de los decorados.

Coser era una actividad que Lane podía realizar sin pensar. Organizó rápidamente el lío de telas, conjugando los colores de los tejidos con los ribetes de terciopelo. Después de echar un rápido vistazo a los patrones, se sentó delante de una de las máquinas de coser. El ruido de los martillos y los gritos de los niños no le impidieron concentrarse.

Cuando levantó la vista para llamar a Anna, la princesa de la obra de teatro, se encontró con la mirada de Tyler, con un martillo en la mano. Se le aceleró el corazón y se sonrojó como una colegiala. Luego sintió cómo el estómago se le encogía. Ese hombre era poderoso y estaba imponente con su camiseta de color azul, que resaltaba el color de sus ojos, y esos vaqueros que moldeaban sus piernas.

—Me preguntaba si necesitarías un descanso.

Lane consultó el reloj y se dio cuenta de que llevaba allí sentada más de una hora.

—Mentira.

—Yo nunca miento, Lane —dijo él, frunciendo el ceño, enfadado. Y Lane sintió profundamente el peso de sus propias mentiras.

—De acuerdo, si tú lo dices, lo admito —aceptó, a sabiendas de que un hombre que no mentía jamás toleraría las mentiras de otra persona.

—¿Quieres ser mi pareja en el baile de clausura de la feria?

Ella parpadeó, sorprendida, y se fijo en cómo un par de personas que pasaban por allí se los quedaban mirando, a la expectativa.

—¿Tu qué? —Lo había oído perfectamente, pero necesitaba tiempo para pensar.

—El Baile de Invierno es el último evento de la Feria. Se celebra en el club de campo con todo tipo de lujos.

—Comprendo —soltó un trozo de tela e hizo caso omiso de la parte de su cerebro que quería aceptar la oferta—. No, gracias.

El soltó un hondo suspiro. Estaba claro que se esperaba esa respuesta.

—Entonces, pediré que te sienten junto a mí durante la cena.

—Tampoco, gracias de nuevo —dijo ella apartando la mirada de él para llamar a Anna. La niña se acercó corriendo—. Discúlpame, tengo una prueba con la princesa —se despidió.

—Necesitas comer algo —le dijo él.

—No contigo.

La breve risotada de Tyler se perdió en los confines del escenario. El regresó a su trabajo y Lane se concentró en la niña, que estaba risueña y alegre. Se contagió de optimismo y empezó a ponerle alfileres a la tela del traje. Anna llevaba puesta su tiara y se mantuvo completamente quieta mientras Lane trabajaba. Era fácil satisfacer a los niños, pensó, nada que ver con las modelos cotizadas a las que estaba acostumbrada. Ni con las clientas adineradas, propensas a súbitos cambios de humor.

Lane ayudó a Anna a sacarse el vestido por la cabeza.

—¿Te gusta, princesa?

—Es precioso, señorita Douglas —dijo Anna con tanta solemnidad como le permitían sus seis años de edad antes de salir

corriendo para contárselo a sus amigas. Lane observó el panorama y se dio cuenta de que los niños estaban excitados y las madres a punto del agotamiento. Tomó medidas a todos los niños rápidamente y le dijo a Suzanne que no iba a volver a necesitar a los pequeños ese día. Suzanne se sintió aliviada de poder llevarse a los niños a dormir y le prometió a Lane una caja de galletas caseras para que las sirviera en la librería junto a los cafés.

Dos horas más tarde oyó la voz de Tyler.

—Oye, creo que podrías dejarlo por hoy.

Sólo el sonido de su voz consiguió que se le alterara la sangre. Cuando levantó la vista se lo encontró junto a ella, oliendo a serrín y a loción para después del afeitado, con una apariencia tan desaliñada que estuvo a punto de derretirse allí mismo. Su problema con él estaba tomando grandes dimensiones. Jamás había reaccionado de esa manera a la presencia de un hombre en toda su… bueno, nunca.

Tyler captó el brillante relámpago de sus ojos.

—Cielos —dijo—, cuando te pones a trabajar, te pones.

—Soy muy aplicada —repuso ella, tratando de detener la corriente eléctrica que recorría todo su cuerpo.

Tyler miró con detalle los trajes que ya estaban terminados y que colgaban de un perchero móvil. La había estado observando durante las dos últimas horas y sabía que no había parado ni un momento y que había trabajado con eficacia y rapidez, concentrada en cosas que sólo ella conocía hasta que él la había interrumpido.

—Sólo hay que seguir los patrones —comentó ella con sencillez.

—No me cabe duda, pero lo tienes todo casi terminado. Y lo que has hecho ha quedado estupendo.

—Todavía tengo que añadir muchos ribetes y botones en los uniformes.

—Para eso está el día de mañana.

—Cierto —dijo ella, dejándose caer sobre el respaldo de la silla con un suspiro de cansancio.

—Cena conmigo —daba por seguro que se negaría, pero tenía que aprovechar la oportunidad de que en ese momento ella tenía las defensas bajas.

Lane lo miró.

—Vamos a tener auténticos problemas si insistes en lo mismo

todo el tiempo, Tyler.

—Concédeme una oportunidad…, cena conmigo.

—No, gracias.

Ella tenía aspecto de querer aceptar la invitación, pero por la razón que fuera, no se decidía a rendirse.

—Eres espantosamente terca.

—Hablar contigo es imposible.

—Sólo es una cena —insinuó él sonriente.

—No habrá nada abierto a estas horas —si algo sabía Lane sobre la ciudad era que todo cerraba a las nueve, excepto algunas pizzerías y restaurantes selectos.

—¿Eso crees? —Él se dio la vuelta y le mostró una bolsa con sándwiches y refrescos.

Ella lo miró con cierta renuencia.

—De acuerdo, no puedo negarme.

Tyler se metió los pulgares en los bolsillos para evitar la tentación de tocarla. Se sentaron al extremo del escenario y ella le dio un mordisco a un sándwich, procurando contener los temblores. Él se sentó junto a ella.

—Ése es el calzado más espantoso que he visto llevar a una mujer —dijo Tyler.

—No es la primera vez que me lo dices —contestó ella mirando las botas de combate—. Son cómodas y calientes, como las tuyas.

Él llevaba unas botas que habían conocido mejores tiempos.

Tyler se limitó a mirarla durante un instante. No quería hablar de zapatos. Quería felicitarla por el buen trabajo que había hecho. Quería decirle lo conmovido que se sentía por su talento y su dedicación.

—Me has impresionado —acertó a decir—. Llegaste y te pusiste rápidamente manos a la obra.

—Dios santo, ¿crees que las madres pueden ofenderse? —Se preocupó Lane—. Al fin y al cabo, yo sólo soy una extraña.

Tyler sonrió.

—Es un proyecto conjunto. Además, ¿no te fijaste en lo aliviada que parecía Suzanne? Les has hecho un gran favor.

* * *

—La verdad es que he disfrutado, lo admito. ¿Cómo os ha ido a vosotros? —se apresuró a preguntar para evitar que Tyler se pusiera a investigar de dónde procedía su soltura con la máquina de coser.

Tyler echó un vistazo a las maderas cortadas y a las herramientas. El decorado no estaba terminado.

—Todavía tenemos que cortar otro decorado y luego pintarlos, pero puede esperar hasta mañana.

—Mañana —musitó ella.

—Es el servicio comunitario —le recordó él.

—Pienso venir —se defendió ella—. Pero la única razón por que lo hago es porque tu madre me hizo sentir culpable.

—Lo sé. De alguien tenía que haber heredado yo mis dotes de convicción.

Ella rió abiertamente.

—Tienes una boca preciosa, deberías reírte más a menudo, Lane.

—Suelo reírme, al menos un par de veces al día.

—No en mi presencia.

—¿Pretendes que te haga un cumplido? Creo que debes tener suficientes con tu club de admiradoras.

Él frunció el ceño y ella le dirigió una mirada a un par de jovencitas que no le quitaban los ojos de encima.

—Son sólo niñas.

—Deben andar por los veinte, McKay. Y estoy segura de que te agradecerían que les dedicaras un poco de atención.

—Pues no lo van a conseguir —dijo él mirando a Lane—. Sé por tu acento que no eres del sur, ¿qué te trajo hasta aquí? —preguntó antes de que ella pudiera improvisar una frase ingeniosa.

Lane se debatió interiormente antes de elegir sus palabras con cuidado.

—La tranquilidad, el paisaje… —No iba a confesar que se había instalado allí por el anonimato.

—¿Te has dedicado siempre a vender libros?

—Sí —estaba amontonando unas mentiras encima de las otras, pero… ¿qué importaba? Se encontraba situada en la cima de una montaña de mentiras y tenía que pasarse todo el día pendiente de no caerse por la pendiente.

—¿Cómo te decidiste a comprar y restaurar esa casa?

—Me enamoré de ella en cuanto la vi —confesó Lane, contenta

de poder decir alguna verdad—. La casa tenía un toque señorial, a pesar de estar pintada de verde. Lloraba por estar abandonada y reclamaba a gritos un vestido nuevo y un buen corte de pelo.

El sonrió.

—Ésa es la misma impresión que tengo yo al ver todas las casas históricas medio en ruinas que hay en la ciudad. Me da la impresión de que albergan almas que se están desvaneciendo. No sé si lo sabes, pero mi abuelo y mi padre empezaron su negocio dedicándose exclusivamente a las restauraciones. No fue Construcciones McKay la que restauró la tuya, ¿no?

—No, fue la competencia. Vuestro presupuesto era demasiado alto.

—Es una cuestión de calidad, preciosa.

—Eh… La restauración ha quedado perfecta y cumple con todas las normas de protección del patrimonio histórico. Además, yo hice personalmente gran parte del trabajo.

—¿Cómo aprendiste?

—Leí un libro.

Detrás de ellos, en el escenario, la gente empezaba a recoger las herramientas y a poner un poco de orden.

Y, sin embargo, Tyler no retiró la mirada del rostro de Lane, fascinado por el brillo dorado de sus ojos. Quería verla sin gafas, pero sabía que eso sólo sería el premio a una larga espera. Y él era paciente.

Cuando ella terminó de comerse el sándwich, Tyler tomó una servilleta y le limpió un resto que se le había quedado en la barbilla. Cuando el pulgar de él recorrió sus labios, ella lo agarró de la muñeca.

—Tyler…

El la tomo de la mano. Una corriente de calor fluía entre ellos. A ella le pareció que la sangre se le espesaba, que se movía con mayor lentitud y a mayor temperatura que de costumbre. Durante un instante, Tyler sintió cómo el corazón se le detenía. La boca de ella era bonita y carnosa. Parecía necesitar ser besada y deseó que se encontraran a solas. Pero ese sentimiento de necesidad lo sorprendió: apenas la conocía. De hecho, lo único que sabía de ella era que le había llamado la atención y que deseaba conocerla más.

Una lejana risotada desde el escenario interrumpió el momento

y Tyler se puso a recoger los envases. Lane ayudó, sintiéndose tan nerviosa como una adolescente. Había llegado la hora de escucharse a sí misma, decidió. ¿Si no estuviera traumatizada por la traición de Dan Jacobs…, se sentiría atraída por Tyler? Miró lentamente por detrás del hombro y admitió que sería capaz de entregarse a él como un gato a un plato de leche. Lo miró de arriba abajo, en vaqueros y camiseta, las piernas fuertes, la espalda ancha. Sin duda, pasaba la mayor parte del día en la oficina vestido de traje, pero nada podía superar su apostura en aquel momento. Estaba espléndido.

Tyler lanzó una lata vacía de refresco hacia la papelera, pero falló.

Lane sonrió mientras lo observaba acercarse a recoger la lata para tirarla. Justo en ese momento pasaba una niña con un tablón y, en un descuido, le atizó en la cabeza. Él se tambaleó y se cayó.

—Tyler —gritó Lane, poniéndose en pie e iniciando una carrera hasta el hombre derrumbado.

La niña soltó la tabla y se disculpó varias veces lloriqueando mientras Lane se arrodillaba junto a él.

Tyler se agarró la cabeza, gimiendo.

—Ay, Dios santo.

Lane comprobó con las manos que se había hecho un chichón, pero que no había sangre.

—Justo lo que me imaginaba —dijo ella—. Tienes la cabeza demasiado dura.

—Estoy herido —se quejó él, mirándola—. Consuélame.

—Pobre criatura —dijo ella examinando sus ojos. Su mirada era limpia como el mar, no había ningún síntoma de mareo.

—Mírame, Tyler, ¿qué es lo que ves? —preguntó alzando dos dedos.

—Veo a la bella durmiente.

—Deja de flirtear conmigo y respóndeme.

—Estoy bien. Hum… hueles de maravilla. Ella miró a la gente que los observaba. —¿Alguien me puede traer un poco de hielo?

Está bien, no llores más —le dijo a la niña causante del estropicio.

Lane volvió a mirar a Tyler y él se sintió aliviado.

—Me encanta que te preocupes tanto por mí —le dijo.

—Me preocuparía de cualquiera que hubiera recibido un golpe en la cabeza —repuso ella, consciente de la angustia que había sentido al verlo en el suelo—. Debes ser más precavido —lo regañó —. Primero, me destrozas la furgoneta y ahora casi te dejas matar por una niña.

Alguien llevó hielo envuelto en una tela y ella se lo puso sobre el chichón. El resto de la gente volvió a sus ocupaciones recogiendo los últimos trastos.

Un hombre preguntó si era necesario llevar a Tyler a casa.

—Puedo conducir —contestó Tyler, incorporándose—. Me han dado golpes peores haciendo deporte.

—Pero ya no tienes dieciocho años ni te crees invencible —dijo ella—. Además, ya has demostrado que conducir no es tu principal virtud.

—Le estás dando demasiada importancia, Lane —la reprendió él.

—Por supuesto. Yo te llevaré a casa.

Él sonrió.

Ella se puso en pie, fue a buscar su bolso, comprobó que todo estaba en su sitio y volvió hacia él.

Tyler jugó a hacerse el débil y se apoyó sobre el hombro de Lane.

—Quítame las manos de encima, comediante —dijo ella mientras él se colgaba aún más de su cuerpo, con el brazo firmemente sujeto sobre sus hombros. Lane absorbió el calor y el aroma que desprendía el hombre. Él jugó con un mechón del pelo de ella que se había escapado del recogido y cuando Lane lo miró, su expresión decía claramente que estaba pensando en la intimidad. Ella meneó la cabeza y se lo quitó de encima en cuanto llegaron al coche.

Una vez dentro, puso en marcha el motor y salió a la calle. Estaba desierta y una ligera llovizna empapaba el firme reflejando la luz de las farolas.

—¿Dónde vives?

El le dio instrucciones y apenas tardaron unos minutos en llegar hasta su dirección. La casa era grande y estaba al lado del mar, desde donde se podía oír el romper de las olas. Hacía más viento que en el centro de la ciudad y el olor marino era penetrante.

—Tienes una casa preciosa —dijo ella—. ¿Vives solo? —La casa

tenía tres plantas y estaba cubierta de adornos vegetales.

Él sonrió.

—Me encanta que me lo digan. Sobre todo tú.

—La has construido tú, ¿no?

—Sí. Empecé hace cinco años.

Sin invitación, Lane trepó por los escalones de entrada hasta llegar al enorme porche. Aunque había espacio suficiente para poner una mesa y varias hamacas, estaba vacío.

—Es preciosa —dijo antes de darse cuenta de que había otra pequeña construcción en el jardín—. Ése es tu taller, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Para qué lo usas?

—Todavía estoy rematando los últimos detalles. Ahora estoy trabajando con las molduras de las ventanas. ¿Quieres ver la casa por dentro?

Lane sintió cómo un montón de alarmas se disparaban en su cerebro. ¿Dentro de esa casa a solas con él? Sí. Pero no, aún no había perdido el control de sus facultades mentales—. Quizá en otra ocasión, gracias.

—Entra, Lane. Puedo invitarte a un café.

—Tyler, ambos sabemos lo que pretendes —dijo ella con un largo suspiro.

—Creí que estaba siendo delicado.

Ella soltó una risa cortante.

—¿Qué? No soy idiota. Lo único que quieres es llevarme a la cama.

Él se acercó, mirándola a los ojos.

—Quiero algo más que llevarte a la cama, Lane.

El corazón de ella se detuvo un instante mientras la sangre corría por sus venas y la piel le ardía. Hacía mucho tiempo que un hombre no la miraba con deseo, pero se las arregló para bloquear sus sentimientos.

—No seas idiota, apenas acabamos de conocernos.

Tyler tampoco entendía su propia prisa. Su cuerpo deseaba a esa mujer. Un torrente de testosterona lo urgía a demostrarle lo bien que lo podían pasar juntos, con besos dulces y sexo caliente. Su deseo estaba alcanzando cotas para él desconocidas y se dijo que seguramente tendría que ver con la resistencia de ella.

—No puedo contenerme cuando estoy cerca de ti.

—¿Te atreves a culparme a mí del comportamiento de tus hormonas a tu edad?

Él frunció el ceño y se mantuvo en silencio mientras se fijaba en algo que había en los ojos de ella y que no había visto hasta el momento: sombras.

—Tómate una aspirina y vete a dormir —dijo ella abruptamente, con necesidad de alejarse de él lo antes posible—. No pienso entablar una relación contigo ni con ningún otro hombre. Sé que sólo represento una nueva conquista para ti, así que hazme el favor de dejarme en paz.

La acritud de su tono lo pilló con la guardia baja.

—Lane, espera —acertó a decir—, eso no es cierto.

—Buenas noches, Tyler —dijo ella dirigiéndose hacia los escalones.

Pero antes de que pudiera bajar el primero, él ya estaba allí, sujetándola por los hombros y atrayéndola hacia sí. Ella se agarró a su cintura para no perder el equilibrio y se miraron durante un instante.

—No lo hagas —pidió ella.

—Puede que en principio sólo supusieras un reto más —admitió él—, pero eso ha cambiado —sus bocas estaban muy cerca—. Entra a jugar conmigo.

Ella emitió un gemido de pánico. Durante un momento se imaginó entrando con él en la casa y metiéndose en su cama. Sintiéndose deseada y compartiendo algo más que una charla y una cena. La necesidad de compartir su dulzura se adueñó de ella durante unos segundos. Pero sabía que sólo sería un juego para él. Y Lane no iba a volver a prestarse a ello.

La realidad de su vida se le vino encima. Dan Jacobs, los titulares en la prensa amarilla, la sospecha de los lazos mafiosos de su familia que había arruinado su reputación. Porque la noticia había salido en los periódicos una semana antes de la celebración de su desfile de primavera y se había visto obligada a cancelarlo. En cuestión de días había pasado de ser la más famosa diseñadora europea a ser el objeto de las burlas despiadadas de toda la profesión.

Todo eso le impedía intimar más con Tyler, incluso pensaba que

ya había llegado demasiado lejos con él. Se arriesgaba a perder su anonimato y la verdad era que había llegado a apreciar su discreta y sencilla forma de vida en Bradford.

—No puedo.

—Sí puedes —dijo él posando los labios sobre los suyos.

Lane se sintió como si levitara, estaba presa entre los brazos de él, que seguía besándola con suavidad, adentrándose poco a poco en su alma. Mamma mia, pensó. Había olvidado que un hombre pudiera besar de esa manera.

Capítulo 4

Él sintió cómo ella se deshacía entre sus brazos llena de energía amorosa. El beso se intensificó y Tyler no pudo evitar la fantasía de tomarla en brazos y llevársela a la cama para hacer el amor. Pero no estaba tan fuera de sí como para no darse cuenta de que aunque ella se estaba entregando, aún no había decidido rendirse.

Cuando él intentó estrechar el abrazo, ella se retiró abruptamente y Tyler se sintió frustrado.

Ella parpadeó mientras intentaba recuperar la compostura.

—No, Tyler.

—Pues ese beso a mí me ha parecido un sí, cariño. Vuelve conmigo.

—No puedo hacerlo, no contigo —dijo ella con tono tenso mirándolo a los ojos brevemente antes de bajar los escalones a la carrera. El la observó correr con el pelo suelto hasta el coche. Unos segundos más tarde, el vehículo se puso en marcha y ella desapareció sin mirar atrás.

El se apoyó sobre una de las columnas del porche, mesándose los cabellos y frotándose el chichón. El dolor del golpe se mezclaba con el dolor de haberla perdido.

Empezó a llover de nuevo y Tyler buscó en el botiquín.

Lane frenó ante el semáforo y dejó caer la cabeza sobre el volante. Tragó saliva varias veces y procuró respirar hondo, pero sus esfuerzos no fueron de gran ayuda. Se sentía llena de emociones y el corazón le martilleaba en el pecho, calentándole la sangre. Estaba muy acalorada y se quitó la bufanda y la chaqueta. Luego

abrió la ventana del coche para que entrara el aire frío de la calle. Sin resultado.

Sentía los labios tiernos e hinchados por causa del beso. Pero lo peor era que ese beso había dejado la impronta de Tyler en ella y eso era peligroso. Su mirada le había llegado al alma, él la deseaba y no parecía importarle que no fuera atractiva, que se escondiera detrás de un adusto recogido y unas gafas anticuadas, que no llevara maquillaje y que sus ropas fueran anodinas.

Lane supo que se enfrentaba a un problema importante. Su rechazo no parecía hacer mella en él. Se preguntó qué pasaría cuando él descubriera toda la verdad sobre ella. Y se propuso que ese momento no llegara jamás.

Era consciente de que Dan Jacobs no dudaría en volver a buscarla para terminar de humillarla delante del mundo entero en cuanto diera con su paradero. A nadie parecía haberle importado que toda la familia Giovanni hubiera puesto sus bolsillos las llaves de su casa y entró. Se quedó en el vestíbulo, sintiéndose tan vacío como la propia casa, como si acabara de dejar escapar un tesoro.

Libros de cuentas a disposición de la justicia para demostrar que no había habido lavado de dinero negro de la Mafia. La noticia que habían dado todos los periódicos no se ajustaba en absoluto a la verdad, pero había humillado a la familia y arruinado su carrera. El único dato con que contaba la prensa eran unas fotos borrosas en las que se veía a su hermano en compañía de hombres de negocios de reputación dudosa. El porqué de esas reuniones de su hermano Ángel seguía siendo un misterio para ella. A veces deseaba hablar con él y reprocharle lo que había hecho a su familia.

Estaba convencida de que Ángel era inocente, pero mientras no se demostrara lo contrario, toda la familia estaba bajo sospecha. Y ella no quería que Tyler se viera mezclado en un asunto tan turbio. Ese hombre era agradable, un poco cabezota, pero muy atractivo. Y se estaba enamorando de él.

Lo maldijo por haberla besado mientras arrancaba de nuevo en dirección a su casa. No podía permitirse tener una relación con el hombre más atractivo y famoso de Bradford, cualquiera podía sacarles una fotografía.

Pero se encontraba dividida: por un lado sabía que tenía que alejarse de él, y por otro, lo que realmente deseaba era abrirle las

puertas de su corazón. Estaba asustada.

Dos días, después el dolor del golpe en la cabeza había desaparecido, pero la magulladura le recordaba a Lane y al beso que habían compartido. El simple recuerdo conseguía que su corazón latiera más aprisa. Suspiró y se apoyó sobre el respaldo del sillón giratorio de cuero para mirar por la ventana, pero no pudo dejar de pensar en Lane. Quería volver a verla. Y, al mismo tiempo, prefería no verla.

Ella era como un jeroglífico y eso ponía en peligro la libertad que él tanto amaba. Pero su interés iba en aumento. Sabía por el beso que detrás de esas ropas y esas gafas se escondía una tigresa atrapada en una jaula. Y la tentación de encontrar la llave que la abriera esa puerta lo torturaba.

Pero ella no lo dejaría acercarse de nuevo. ¿Por qué sería? Ese misterio lo intrigaba. Nunca había conocido a una mujer que disfrutara tanto de pasar desapercibida. Todo lo contrario que su ex novia Clarice, que sólo pensaba en atraer las miradas de todo el mundo en cuanto hacía aparición en una fiesta o un restaurante. Durante los dos últimos años, Tyler no había dado de preguntarse por qué le había propuesto matrimonio a esa mujer. Era bella y elegante y procedía de una buena familia. Realmente había estado convencido de estar enamorado de ella. Pero todo había sido una mentira. Una vez consciente de su traición, él no había tardado demasiado en olvidar su amor, pero el dolor de la humillación persistía. Lo único que no toleraba era la mentira.

* * *

Tyler soltó la pluma, puso los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Se sacudió los recuerdos del pasado e, inmediatamente, Lane volvió a ocupar toda su atención. A ella no le importaba ni su nombre ni su dinero. Ni siquiera estaba dispuesta a relacionarse con él. Sin embargo, se preguntó qué haría si la conseguía. ¿Amarla y luego abandonarla sin complicaciones? Pero… ¿en qué lugar quedaría él si hacía eso? ¿Se había convertido en un hombre que sólo deseaba relaciones superficiales salpicadas de sexo?

Miró su reflejo en el cristal de la venta, súbitamente enfadado consigo mismo. Lane tenía más cosas bajo la superficie de las que él había imaginado. Pero la intuición le decía que debía dejarla en paz y olvidar aquel beso. No estaba buscando una mujer para casarse, se dijo. Pero… ¿cómo se atrevía a pensar en que Lane estuviera intentando cazarlo cuando ni siquiera quería volver a verlo? Incluso así, una voz en su interior le advertía de que tuviera cuidado.

Tyler presionó el botón del intercomunicador.

—Martha, salgo a comer fuera.

—Sí, señor. ¿De veras?

Él sonrió, comprendiendo su sorpresa. Hacía tiempo que no salía de la oficina si no era para asistir a alguna reunión.

—Sí, en serio.

—¿Quiere que le haga una reserva?

—No, gracias, pero… ¿cómo se llama ese restaurante del que habló mi madre el otro día?

—El Cracked Crab —repuso su secretaria inmediatamente—. Dispongo de un menú, por si quiere usted hacer el encargo ahora y que esté preparado para cuando llegue.

—Excelente —dijo él consultando el reloj. Como a Lane le gustaba mantener las distancias, tendría que darle una pequeña sorpresa.

Lane levantó la vista al sonar la campanilla de entrada y vio entrar a Tyler. Todo su cuerpo se puso en estado de máxima alerta. Vestido con un traje de mil dólares, estaba muy apetecible.

—Cierro durante una hora —dijo ella—. Lo sé.

Él llegó hasta el mostrador y se detuvo, mirándola. Lane se sintió inundada por una oleada de calor.

—¿A qué has venido?

—A invitarte al almorzar.

—Deberías haber llamado antes. Tengo planes.

—¿Con quién? —preguntó él con el ceño fruncido.

Con su gato y con el libro de contabilidad, pensó ella.

—No creo que eso sea asunto tuyo, Tyler.

—Después de aquel beso, todo lo tuyo es asunto mío.

—¿De veras? —dijo ella entre dientes—. Pues creo que te equivocas. Un beso no significa que puedas entrometerte en mi vida. Y, además, no tengo tiempo para almorzar. Cierro a esta hora

porque es cuando me dedico al papeleo.
—O a esconderte. O a salir corriendo.
—Yo nunca salgo corriendo.
—Criatura, el otro día saliste de mi casa a la carrera y lo sabes.
—Simplemente me marché.
—En una especie de maratón. Creo que me tienes miedo.
—No, tengo miedo de mí misma. No quiero formar parte de tu vida porque tienes una cierta reputación…
—Eh… —La interrumpió él—, soy un tipo agradable. Pregúntaselo a cualquiera.
Él tenía una mirada adorable.
—No necesito preguntar nada. Oigo cosas. Nunca permaneces con una misma mujer más de un par de meses y, francamente, después de ese beso, no estoy dispuesta a convertirme en otra marca en la culata de tu revolver.
Lane estaba contenta de haber encontrado una buena excusa para librarse de él, aunque realmente no se creía del todo los rumores que corrían sobre él.
—¿Así que tengo mala reputación?
—La peor.
—Bueno, pues sal conmigo y trasfórmame.
—No.
—¿Almorzamos?
—Tengo trabajo.
—He traído comida del Cracked Crab.
Ella lo miró con los ojos como platos, era su restaurante preferido y, además se había hecho muy amiga de la propietaria, Nalla Campanelli, una mujer de ascendencia italiana e irlandesa, como ella. Lane admiraba las creaciones culinarias de su amiga y miró la bolsa.
—¿Qué has pedido?
Tyler se sintió victorioso y escondió una sonrisa.
—Ensalada tailandesa de cangrejo. Nalla me dijo que era tu favorita.
Lane dudó.
—¿Con nachos picantes?
—Eso creo —dijo él con una sonrisa—. Mira, si no piensas acompañarme, me iré a comer solo a la oficina.

—¡No! —gritó ella—. Eres muy astuto.

—Lo sé.

Ella salió de detrás del mostrador y lo condujo hasta la barra de los cafés. Lane se ocupó de sacar la comida de la bolsa mientras Tyler acercaba dos sillas a una mesa. Lane dispuso un par de platos y se arrodilló sobre la alfombra.

—Nalla es increíble.

—Eso he oído. Martha piensa lo mismo. —¿Martha?

—Mi secretaria.

—Ahora se llaman ayudantes ejecutivas.

—Ella no. Es de la antigua hornada, entró en la empresa cuando mi padre aún era joven. Tiene sesenta y tres años y aún toma notas de taquigrafía.

—Apuesto a que es la mujer más eficiente del mundo —dijo Lane sirviendo la comida.

—Se podría decir que está a cargo de mi vida —dijo Tyler quitándose la chaqueta sin dejar de mirarla.

Ella se sintió halagada y recordó el beso, deseando poder juntarse al cuerpo de ese hombre de la manera más íntima posible. «No», se dijo, «no sigas por ese camino… él descubrirá que le has mentido y te odiará por ello». Resuelta a no dejarse atrapar en ese conjuro, probó la ensalada.

—¿Dónde vives? —preguntó él.

Ella señaló al piso de arriba con un tenedor porque tenía la boca llena.

—No debe de ser muy grande —comentó él.

—No lo es —admitió ella después de tragar—. No necesito mucho espacio.

—Sé lo que quieres decir. Yo vago por mi casa como un perro en busca de un rincón confortable. Realmente, ni siquiera se puede decir que viva allí, simplemente voy a pasar la noche.

—No has conseguido crear sensación de hogar todavía, ¿es eso?

—He metido ahí todas mis cosas.

—Puede que necesites contratar a un decorador para conseguir el efecto deseado.

Lane no estaba dispuesta a decirle que las cosas materiales no creaban un hogar. Eso podría derivar en una conversación sobre la necesidad de formar una familia.

—La idea de tratar con un decorador me estremece —dijo él dejándose caer sobre la alfombra junto a ella.

—Pídele consejo a tu madre.

—Eh, quiero tener una casa propia, no una casa como la de mi madre.

—En eso te doy la razón. —Lane había crecido en un ático de Nueva York y en una villa de la Toscana, rodeada de viñas. Pero se acababa de instalar en un hotel de París cuando su carrera se vio arruinada y no dejó demasiadas cosas detrás de sí.

—¿Por qué los libros? —preguntó él.

—¿Por qué la construcción? —respondió ella.

—Hum. Lo mío es un negocio familiar heredado.

—¿Te apetecía continuar con esa labor?

—Ésa es la única vida que he conocido. Mi padre nos llevaba a mí y a mis hermanos a las obras desde que tengo uso de razón. Me fascinaba ver cómo los materiales se convertían en una casa y, además, dejaban beneficios.

—Según parece el negocio inicial ha crecido hasta llegar a los confines del Estado.

Una señal se alarmase encendió en el cerebro de Tyler.

—¿Investigando mis finanzas?

—Leo los periódicos, McKay —dijo ella tomando un nacho—. Están buenísimos —añadió mojándolo en la ensalada.

Ella estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y cubiertas por una horrorosa falda de color azul marino, debajo de la cual aparecían las botas de combate. A él le gustó que no se preocupara por la ingestión de calorías, lo que parecía ser una obsesión en las mujeres de su edad. Sin duda, ella era diferente.

—Lo que más me gusta de las creaciones de Nalla es que cambian según su estado de humor —prosiguió ella.

Tyler hizo una mueca.

—¿Hay algo en este mundo que no cambie con el humor de las mujeres? —preguntó burlón.

Ella lo miró mientras se metía un nacho en la boca.

—¿El fútbol? —Él sonrió y probó los nachos, estaban deliciosos —. Me encanta comer, especialmente cuando yo no he preparado la comida.

—¿Cocinas?

—¿Estás investigando mis cualidades?

—¿Vas a contestarme en serio alguna vez? —preguntó él con una sonrisa.

—No, si lo puedo evitar. Contribuye a crear un clima de misterio.

—Ya hay suficiente misterio en tu vida, Lane, te lo aseguro.

—Entonces no te haré pasar por mi ritual de Mata Hari. Ningún hombre se ha podido resistir hasta la fecha. ¿Puedes creerlo?

—Me gustan las divas —la sonrisa de ella era genuina y Tyler sintió que se le contraían los músculos—. ¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? —¿Cocinas?

—Sí, cocino, pero no muy a menudo. No es divertido cocinar para una sola persona.

—¿Pero eres buena?

Ella era medio italiana, llevaba la cocina en los genes.

—¿Pretendes que te invite a cenar o qué?

—¿Por qué no? Ahora estás almorzando conmigo.

—La ensalada de cangrejo tailandesa me decidió, no tu compañía.

—Me siento insultado.

—No era mi intención. Pero ya te lo he dicho, Tyler, no quiero tener una relación con un hombre como tú. Eres el soltero más cotizado de la ciudad y sólo te interesas por mí porque soy inmune al encanto de los McKay.

—No me pareció que te sintieras inmune la otra noche, cuando nos besamos.

—Fue un simple beso de buenas noches —mintió ella.

Él rió abierta y profundamente.

—Si sólo fue eso, me gustaría probar uno más íntimo, cuando tú estés dispuesta, claro.

A ella también le apetecía repetir y se maldijo a sí misma por perder el control de esa manera.

El se comió un nacho con ensalada de un solo bocado y se inclinó un poco hacia ella. Lane detectó sus intenciones rápidamente y se retiró.

—Te huele el aliento a cangrejo —protestó ella.

—A ti también.

Ella le puso los dedos sobre los labios.

—Detente —ella hablaba en serio, incluso su mirada parecía triste—. Seamos simplemente amigos, por favor.

—Eso que acabas de decir anula la pasión de cualquiera —dijo él con amargura antes de cambiar de conversación—. ¿Dónde estuviste anoche? Todos los demás estuvimos trabajando con el festival infantil.

—Había terminado mi parte. Lo acabé todo la tarde anterior. Todos los trajes están en colgados en el perchero con el nombre de cada niño prendido de un alfiler.

—O sea, que lo que estás diciendo es que tu parte en el servicio comunitario ha acabado. —Sí, exactamente.

Lane observó cómo Tyler se acercaba un poco más.

—Si piensas que voy a desaparecer de tu vida, Lane, estás muy equivocada. Lane sintió pánico y júbilo al mismo tiempo.

Capítulo 5

Tyler era lo que la abuela de Lane hubiera considerado un bobo. En los últimos dos días se había hecho el encontradizo con Lane en los lugares más insospechados. Como en la droguería cuando ella salía por la puerta. O en el restaurante de Nalla cuando ella había ido a probar una de sus nuevas creaciones. Aunque prefería pensar que esa actitud se debía a que él deseaba verla, estaba segura de que lo que realmente quería era que participara en la feria. Pero ese día se lo había encontrado en el supermercado, entre los aguacates y los plátanos. Y, además, llevaba refuerzos: venía con su hermano Kyle, el director de la parte comercial. Aquello ya era demasiado.

—Oíd, amigos, la verdad es que estoy empezando a sentirme un poco perseguida.

Ambos se sonrojaron de vergüenza y se lanzaron miradas acusatorias antes de que Tyler hablara.

—Lane, tu tienda está cerca de la calle principal y eres la única comerciante que no va a participar en la Feria de Invierno. Tu ausencia va a ser más llamativa de lo que te imaginas.

—Me rindo.

—¿Qué?

—Que me rindo, habéis ganado la partida. Participaré en la Feria.

Lane sabía cómo aceptar una derrota, lo había tenido que hacer varias veces en los últimos dos años. No era que estuviera en guerra con Tyler, en realidad no sabía qué lazos los unían. Pero se imaginó

que si dejaba de esquivarle, él se aburriría y se marcharía en busca de otra presa. En ese momento, algo parecido al dolor se instaló en su pecho y las imágenes de sus brazos en torno a cualquier otra mujer la hicieron sufrir. No era más que otro aviso de que se estaba enamorando de ese hombre.

—Excelente —dijo Kyle, entregándole unos documentos. Kyle era casi una copia de Tyler, la misma musculatura, los mismos ojos, la misma sonrisa carismática, el mismo encanto. Lane miró los papeles—. El reglamento y los requisitos —explicó Kyle—. La Feria es un gran acontecimiento turístico y el alcalde ha impuesto ciertas normas, sobre todo en lo referido al consumo de alcohol.

Ella asintió. Vendía libros, cafés y los pasteles de Nalla, por lo que el asunto del alcohol no representaba ningún problema.

—Me alegra que participes, Lane —dijo Tyler con suavidad y con una sonrisa *sexy*. «Dios santo», se dijo Lane, era imposible resistir el encanto de los dos hermanos juntos.

—A decir verdad, Nalla Campanelli ya me había convencido. —Nalla era la única persona de la ciudad que conocía su verdadera identidad.

—Estupendo. Ya verás cómo tus cafés con nata tienen un éxito tremendo si continúa el mal tiempo.

¿Mal tiempo? El mes de diciembre en el sur resultaba más bien templado para los norteños. Ésa era una de las cosas que le encantaban de Carolina del Sur, aunque tuvo que reconocer que durante el verano hacía demasiado calor. No lo había elegido por tranquilidad que se respiraba ni la paz de sus calles sino porque estaba fuera del radio de acción de reporteros como Dan Jacobs. Todo había ido estupendamente… hasta que había conocido a Tyler.

—Estoy pensando que voy a necesitar ayuda —comentó ella—. No puedo atender la tienda y la Feria al mismo tiempo.

—La hija pequeña de Diana Ashbury acaba de llegar de la universidad y necesita un trabajo temporal —dijo Tyler rápidamente.

Lane lo miró.

—Parece que has pensado en todo, ¿no?

—Lo he intentado —repuso él sin dar la impresión de sentirse en absoluto avergonzado por estar interfiriendo en su vida sin recato.

Kyle se despidió y los dejó a solas.

—¿Por qué me estás presionando tanto? —preguntó ella.

—Es bueno para los negocios.

Eso era cierto, pero como excusa resultaba frágil. Lane empezó a meter verduras en su carro. Tyler seguía junto a ella saludando a sus numerosos conocidos. Ella podía oler el cotilleo en el aire.

—Estamos a mediados de semana, ¿no trabajas nunca?

—Soy el jefe, sigo mis propias reglas.

—¿Y por qué te preocupas de mis negocios?

—Me preocupo por ti. Ella lo miró.

—Ni siquiera me conoces, Tyler.

—Estoy tratando de hacerlo, pero no se puede decir que tú estés cooperando demasiado.

—No me quieres entender. —Tengo la cabeza muy dura.

Ella rió suavemente mientras seguía llenando el carro. Necesitaba salir cuanto antes del super mercado y librarse de Tyler.

—¿De verdad piensas comerte eso?

Ella miró la lata de anchoas y la devolvió al estante.

—Te estoy poniendo nerviosa.

—No. Sí. No —decidió finalmente—. Sólo me confundes un poco.

—¿Y eso?

—No sé qué pretendes. Te pasas el día buscándome y metiéndote en mi vida, y no sé si lo haces en serio o sólo se trata de otra conquista que se te resiste.

—Creí que a estas alturas ya me conocerías mejor.

—No te conozco en absoluto —excepto que sabía que era guapo, terco y que besaba de maravilla. Su cuerpo respondió ante el recuerdo del beso y su cerebro reaccionó metiendo más cosas en el carro. Si no se escapaba pronto, acabaría lanzándose en sus brazos delante de media ciudad.

—Dime por qué no quieres verme.

«Porque te deseo», pensó Lane durante un instante.

—No estoy interesada en entablar una relación, como ya te he dicho alguna vez, tienes una reputación deplorable.

—Qué tontería.

—¿De veras? Echa un vistazo a tu alrededor y atrévete a negarme que todo el mundo nos está mirando…

intencionadamente.

—Es una ciudad pequeña, es normal.

—Justo a eso me refería yo. Todo se sabe. Y tu familia es muy conocida.

Él se echó hacia atrás, mirándola.

—¿No quieres quedar conmigo porque soy un McKay? No puedo evitar ser quien soy, Lane.

—Yo tampoco puedo evitar ser yo misma.

El se acercó y cubrió con la suya una de las manos de Lane que se apoyaba sobre el carro.

—No sé quién te ha hecho tanto daño como para que te aterrorice la idea de verte conmigo —dijo en voz baja—. Pero me gustaría darle un buen puñetazo.

Ella se quedó impresionada y, en ese momento, él la besó. No fue un beso dulce y casto de cara al público, sino un beso profundo con la lengua que la dejó estremecida y sin habla. El resto de los clientes intercambió comentarios, suspiros y sonrisas, aunque ella apenas los oyó.

—Sólo para que lo sepas, cariño, no estoy dispuesto a seguir cargando con la culpa de otro —dijo Tyler. Luego hizo una mueca y desapareció. Y, como siempre, Lane no sabía si alegrarse o asustarse.

Tyler se montó en el coche y cerró de un portazo, mirando enfadado hacia el supermercado. Alguien le había hecho una perrería a Lane y él no sentía deseos de ponerse a solucionar el daño producido por otro hombre. Pero sabía que ya había intentado olvidar a esa mujer en los últimos días y no lo había conseguido. Se había propuesto tomarse las cosas con calma, llegar hasta ella sin prisa, hacerla suya. Pero estaba fracasando estrepitosamente. Encendió el motor del coche de alquiler y salió del aparcamiento. Cuando ella recuperara su coche, se habría acabado todo.

Pero no podía creerse que ella estuviera realmente desinteresada. Lane tenía algo especial y él tuvo que admitir que estaba disfrutando al ir rompiendo sus barreras, una por una. Pensó que, en breve, ella le daría una explicación sobre por qué estaba tan a la defensiva. Sabía que sus besos hablaban de algo más que simple deseo, estaban llenos de poder y fuego, algo que él deseaba desesperadamente.

Se había impuesto reglas muy severas desde que había dejado a Clarice, pero empezaba a sentirse un poco superficial. Además, el empeño que había puesto con Lane superaba cualquier caso anterior y, sin embargo, ella seguía desdeñándolo. Y él no perdía las ganas de seguir, lo cual era toda una sorpresa, aunque ya estaba cansado de mostrarse cauteloso.

* * *

La obra de teatro infantil inauguró la Feria de Invierno. Lane asistió, sonriendo ante las gracias de los pequeños soldados y las delicadas hadas. Jamás había visto un espectáculo tan adorable. Y parecía que los niños se lo estaban pasando tan bien como los espectadores. Lane había ido a colegios de pago y nunca había participado en una función como ésa. Durante el canto coral de cierre, se preguntó si ella sería capaz de ser una buena madre y sobre quién podría ser el padre. El rostro de Tyler apareció en su mente, pero ella se negó de plano a fantasear más. Soñar no tenía ningún sentido, pensó con tristeza. Él nunca la perdonaría si se enteraba de que había mentido sobre su pasado. Y para contarle su pasado tenía que confiar en él y ella ya no confiaba en nadie, excepto quizá en Nalla. Aunque tenía que reconocer que el servicio comunitario la había hecho sentirse más integrada. Echaba de menos a la gente. Estaba empezando a echar de menos muchas cosas.

Por su profesión, había estado constantemente rodeada de clientes, diseñadores, modelos, periodistas, fotógrafos y comerciantes de telas. Su propia familia era abundante y amante del jaleo. Siempre habían salido en los periódicos por causa de su fortuna, pero los días de fiesta se celebraban igual que en el resto de las familias: grandes cenas con intercambio de regalos y tradiciones. Aunque en los últimos ocho años las cosas habían cambiado mucho. Sus padres se habían separado a pesar de que seguían legalmente casados. Lane había aceptado la realidad de que su madre era un poco superficial y que sólo disfrutaba de la vida nocturna y de los viajes. Y, mientras, su padre se ocupaba de las viñas como si fueran sus propios retoños. Como si ella y sus cinco hermanos no le dieran

suficiente trabajo. Lane seguía pensando en su padre cuando cayó el telón.

«Piensa en tu buena fortuna, Elaina», le había dicho su padre en numerosas ocasiones. «¿Para qué pedir más?». Pero había más y Lane lo sabía porque había conocido a Dan y lo había amado, aunque todo no hubiera sido más que una mentira y hubiera durado menos de un año.

Mientras la gente salía del teatro, Lane recibió docenas de felicitaciones por los trajes y se sintió inmensamente agradecida y llena de gozo. Salió a la calle, observó las obras del escenario para la banda de música delante del muelle y se dirigió hacia casa.

Cuando sólo había dado una docena de pasos, oyó una voz. —Hola.

Lane se sobresaltó.

—Tyler, no te he visto en la función.

—Estaba entre bambalinas moviendo los decorados.

Un millonario que se dedicaba a cambiar los decorados de los niños. Sonrió. Tyler era tan diferente del resto de los hombres con los que había salido antes de llegar a Bradford… El dinero y el privilegio no lo habían afectado, lo cual se añadía a su atractivo. Se prestaba a echar una mano en lo que fuera, sin importarle ensuciarse o hacerse daño. En ese momento llevaba las manos manchadas de pintura.

—¿Está seca? —preguntó ella.

—No importa, es pintura barata, saldrá bien —repuso él frotándoselas—. Sé que suena un poco infantil, pero… ¿puedo acompañarte a casa?

Ella sonrió, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Claro.

—Te vi el otro día corriendo en la playa —dijo él al cabo de unos momentos.

—Hay que mantenerse en forma.

—¿Quién se hubiera imaginado que debajo de todos esas ropas…?

—¿Perdón?

El adoró su tono de indignación.

—Te vi con mallas y una camiseta, Lane —susurró él maliciosamente.

—Por Dios, estaba demasiado oscuro como para ver nada — justo por eso corría de noche.

—Soy un hombre —dijo él burlonamente—. Tengo un radar especial. Y llevo prismáticos —bromeó.

Lane rió con ganas y Tyler hubiera deseado escuchar ese sonido durante mucho tiempo. La brisa le tría un rastro de su perfume, que tenía especias y era ligeramente cítrico. Había algo que no encajaba. El tirante recogido y las gafas anticuadas correspondían a una vendedora de libros. Pero la grácil figura que corría como un gamo por la playa era diferente.

—No eres lo que aparentas.

Ella se alarmó.

—¿Qué quieres decir?

—Empecemos por el beso número uno y sigamos por el beso número dos…

—¿Los estás contando?

—Sí, me apetece que sean un número par, seis u ocho, por ejemplo.

Ella volvió a reírse y, cuando él la tomó de la mano, no se resistió.

—Eres insoportable.

—¿A qué te refieres? ¿A que es insoportable que sea tan guapo? Mi madre está convencida de lo contrario.

—Eres insoportablemente terco y persistente. Y un soñador.

—Puesto que no me has llamado arrogante y feo, me considero afortunado —dijo Tyler retorciéndole la mano mientras continuaban andando—. Y no creo que ser un soñador sea un defecto. ¿No tienes ilusiones?

—Claro, como todos —contestó ella encogiéndose de hombros —. Pero ya he conseguido lo que quería.

Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan recluida de repente? Se negó a achacar su insatisfacción a Tyler. No era la primera vez que se sentía así en los dos últimos años y sabía cómo combatir ese sentimiento: ignorándolo. Pero tenía que reconocer que la tentación de salir más a menudo a veces la ponía furiosa.

—¿Rodearte de barreras forma parte de tus deseos?

Ella lo miró fijamente y trató de soltar la mano. Pero él no se lo permitió y se quedaron parados en mitad de la calle, mirándose

debajo de una farola.

—¿Quién te ha hecho daño, Lane? —preguntó él.

Ella apartó la vista. ¿Qué podía decir?

—No importa.

—A mí sí me importa —dijo él alzándole la barbilla con un dedo.

Conocía a Tyler lo suficientemente bien como para saber que no iba a darse por vencido fácilmente.

—De acuerdo, puesto que no vas a dejarme en paz, te lo contaré. El hombre al que amaba me traicionó.

«Me usó, dijo que me amaba, pero el día en que me enteré de que Richard Damon, fotógrafo, era realmente Dan Jacobs, periodista, él rompió nuestra relación y publicó todos los detalles de mi vida privada y de la de mi familia en portada y con fotografías».

—¿Cómo?

—Los detalles no importan. Lo amaba y confiaba en él y él traicionó mis sentimientos de la peor manera posible.

Y ella estaba haciendo una cosa parecida al no compartir sus secretos con Tyler, pero tenía buenas razones para ello. Si se descubría su identidad, la imagen de él saldría dañada, al igual que su propia imagen había quedado arruinada por los problemas de su hermano Ángel. Además, ella había amado a Dan y no amaba a Tyler, ni creía que él la amara a ella. Así que, ¿qué importancia podían tener los detalles?

Tyler observó cómo Lane se enfurecía en silencio. Estaba claro que le dolían los recuerdos y él se sintió como un idiota por haber insistido. Sospechaba que la única amiga de Lane en Bradford era Nalla Campaneéis y sintió lástima por ella.

—Ese hombre era un cretino —dijo Tyler.

—Quizá la tonta fuera yo por confiar en él, Tyler.

—No te culpes. La capacidad de confiar en los demás es una auténtica bendición. Las personas que traicionan esa confianza no merecen perdón. Míralo desde ese punto de vista.

—Creo que intentó traicionarme desde el principio, lo cual no dice nada bueno de mi intuición femenina —añadió ella con un suspiro.

Continuaron caminando y Lane se apoyó ligeramente sobre él. Tyler no quiso seguir investigando, aunque le hubiera gustado

poderle leer el pensamiento, pero al menos ya tenía una idea aproximada de por qué ella rehuía a la gente. Especialmente a él. Cuando alguien sufría una fuerte decepción, se ponía a la defensiva para no volver a pasar por un tormento semejante. Y él lo sabía bien.

¿No era ésa la razón por la cual él sólo mantenía relaciones ocasionales desde que había cancelado su compromiso? ¿No pretendía mantener las distancias para no volver a sentirse herido? Nadie quería tropezar dos veces con la misma piedra.

Tyler dobló el brazo, atrayéndola hacia sí, y se sintió como un adolescente con su primera novia. Era increíble. Tenía treinta y cuatro años, pero su corazón latía como un tambor y su mayor deseo era arrinconarla contra una esquina para besarla.

—Hemos llegado —dijo ella, señalando la tienda.

—¿No vas a invitarme a que entre para tomar un café o una copa?

—Yo no bebo y es demasiado tarde para el café, no me dejaría dormir.

—Me hubiera conformado con un sí o un no, Lane. No necesito excusas.

—¡Ahora me entero! —se quejó Lane—. Espero que te sirva un «por favor, vete» —él se acercó un poco más y ella se alarmó, pero siguió mirándolo a los ojos—. ¿Me has acompañado a casa para conseguir un beso de buenas noches?

Él se pasó los dedos por el cuello de la camisa.

—Eso parece, ¿no?

—Debería haberte puesto en tu sitio hace mucho tiempo, Tyler.

—Ponme en mi sitio ahora, Lane. Me siento como un villano — contestó él con una sonrisa burlona.

Ella sonrió.

—Eres increíble, McKay —dijo aupándose sobre los dedos de los pies para darle un beso rápido del que se arrepintió inmediatamente OH, cielos, no debería… ¿cómo he podido atreverme…?

—No debería, no debería, no debería… —rió él sobre sus labios, agarrándola de las solapas de la chaqueta antes de meterle la lengua en la boca y devorarla. La besó como si fuera a morirse al día siguiente, como si no tuviera alternativa. A medida que el beso se hacía más y más profundo, ella sentía crecer un deseo intenso. La

cabeza le daba vueltas, la sangre corría velozmente por sus venas y se dejó inundar por el placer cálido de su boca.

Él acopló su cuerpo al suyo y ella pudo notar su pétrea erección. La sensación era divina. Los brazos de él la apretaron con mayor fuerza y, aunque él iba a descubrir que había un cuerpo impresionante debajo de todas las capas de ropa, a ella no le importó. En ese momento sólo quería seguir, acabar con la tristeza de sus noches solitarias. Cuando él apretó sus caderas contra ella, Lane se sintió levitar mientras su sangre se concentraba en el centro de placer de su cuerpo, entre los muslos, volviéndola loca de pasión. Entretejió los dedos en el cabello de ese hombre y lo agarró con fuerza mientras él seguía jugando con los labios y la lengua como un auténtico experto. Ella deseó que estuvieran desnudos para poder recorrer todo su cuerpo con las manos y justo cuando estaba a punto de invitarlo a entrar para tomar algo, él se detuvo y se separó de ella.

Lane se tambaleó y tuvo que asirse a la verja de hierro para no caerse.

—Hay ciertas cosas que no quiero que vea nadie en la ciudad —dijo Tyler, jadeando y metiéndose las manos en los bolsillos al tiempo que procuraba recuperar una respiración normal. Miró a Lane y la encontró más atractiva que nunca, con los ojos brillantes y la tez sonrojada.

Deseaba llevársela a la cama, desnuda, sin gafas, con la melena suelta y abierta a la pasión.

—Hasta mañana, Lane.

—¿Mañana? —musitó ella sin aliento.

—Sí, trabajo como agente voluntario para controlar los desplazamientos de la gente en la Feria. Y adivina dónde está mi puesto… —dijo desapareciendo en la oscuridad con una risa maliciosa.

Daba la impresión de que toda la ciudad vibraba con el bajo de la banda de música instalada delante del muelle. Sonaban viejos éxitos y olía a bollería recién horneada, manzanas asadas, perritos calientes, algodones de azúcar y cerveza. La mezcla era interesante y festiva, se dijo Lane mientras salía del porche de su casa.

Todas las calles estrechas del casco viejo de la ciudad estaban cerradas al tráfico y las multitudes bailaban por doquier para entrar

en calor en la fresca noche. Había agentes de policía por todas partes y hombres como Tyler portaban focos de luz fluorescente e indicaban a la gente cuál era el camino. Parecía divertido. El parecía divertirse y estaba estupendo con sus vaqueros negros y una chaqueta de ante tan desgastada que parecía de su abuelo. Lane se estremeció: si lo encontraba tan atractivo vestido, ¿qué sentiría cuando lo viera desnudo?

En vez de negarse a la evidencia, en vez de pensar que no le convenía tener una relación con alguien tan famoso, Lane se dejó llevar por la fantasía y lo imaginó sin ropa, lleno de músculos morenos, con un trasero terso…

Como si hubiera presentido su presencia, Tyler se dio la vuelta y la miró con una sonrisa. A pesar de la distancia que los separaba, Lane pudo observar cómo su mirada se hacía más profunda. En ese momento volvió a percibir una señal de advertencia ante el peligro procedente de su cerebro. Sin embargo, cuando él la llamó con la mano, ella se acercó.

—Hola —dijo él con suavidad.

—Hola —contestó ella, con el corazón encogido por la proximidad. Aunque Lane no era una mujer baja, se sintió de pronto delicada y vulnerable.

—Baila conmigo.

Ella se puso tensa y Tyler lo notó.

—Realmente debería volver a la tienda.

—Ciérrala y pon un cartel en la puerta.

—Tyler, es mi negocio, no puedo abandonarlo.

—¿Quién va a ir a comprar libros allí cuando hay aquí todo este jaleo montado?

En eso llevaba razón.

—Tengo que traer más material para Peggy Ashbury, está atendiendo mi caseta.

—Lo sé —dijo Tyler con una sonrisa—. Ve a por ello y cierra la tienda. Bailaremos.

—¿No estás de servicio?

—Pues sí, pero eso no quiere decir que no pueda divertirme un poco. Venga, vete.

Mientras él seguía orientando a la gente, ella corrió hacia la tienda y pronto regresó con una caja llena de bollos. Tyler tomó la

caja y juntos se abrieron paso entre la multitud hasta llegar a la caseta de Lane que estaba situada debajo de un viejo olmo.

Peggy estaba sirviendo un café con nata. Había un joven apoyado contra el poste de la caseta.

—Hola, señorita Lane. Hola, hermano —dijo Peggy.

—¿Hermano? —preguntó Lane mirando a Tyler.

Él se encogió de hombros, depositando la caja sobre el mostrador.

—Conozco a Peggy desde que nació —explicó—. Su hermano mayor, Jace, es de mi edad.

—OH, parece que la vida ha tratado muy bien a Diana Ashbury, no da la impresión de que pueda tener un hijo de tu edad.

—Mis padres se casaron muy pronto —explicó Peggy, mientras Tyler observaba en silencio, primero al joven del poste y luego a Peggy.

—¿Podrías dejar de mirarme de esa manera, Tyler?, me estás haciendo sentirme incómoda —dijo Peggy al cabo de unos momentos—. Papá siempre dice que él no hubiera logrado nada en la vida sin el apoyo de mamá —continuó antes de volverse hacia el joven y hacer las presentaciones—. Éste es Dean Parker, acaba de terminar el doctorado en la universidad.

—Encantado de conocerte —dijo Lane, estrechándole la mano mientras Tyler se limitaba a observarlo con detenimiento. Lane le dio un codazo. Tyler reaccionó y estrechó la mano del joven—. ¿Por qué no te tomas un descanso, Peggy? Yo me quedaré a cargo de la caseta.

—¿Estás segura? ¿Y qué pasa con la tienda?

—Está cerrada.

—¿En serio?

—Claro, vamos, id a dar una vuelta. Ha sido un placer conocerte, Dean —dijo Lane.

—Gracias, señora —repuso Dean dedicando una breve mirada a Tyler.

La pareja se alejó, tomada de la mano.

—No vayáis muy lejos —gritó Tyler.

—¡Tyler, por Dios! Tiene diecinueve años, ya es una mujer, no una niña —protestó Lane.

—Y él es un hombre. Sé cómo piensan los hombres —arguyó

Tyler malhumorado.

—Bueno, no creo que Dean se atreva a hacer nada indecente después de haber visto la forma en que lo mirabas.

—Me ha causado una impresión desagradable. Lane empezó a tomárselo a broma. Tyler se estaba comportando como el típico padre que aún se empeñaba en defender a su hija del efecto de las hormonas masculinas.

—¿Porque lleva un pendiente en la oreja?

—En parte.

—Mi hermano también lleva un pendiente —él enarcó una ceja —. Y Peggy me ha contado que Dean es un estudiante brillante. No creo que sea un vago peligroso. Además, se conocen desde hace tiempo, ¿sabes?

—No sabía de su existencia.

—¿Y te duele porque creías conocer todos los secretos de la vida de Peggy?

—Algo por el estilo. Es como si fuera mi hermana pequeña.

—Peggy y Dean fueron al colegio juntos y están saliendo desde hace un año.

—No lo sabía. ¿Cómo te has enterado?

—Ella me lo ha contado. Ha estado trabajando en la tienda durante un par de días.

—Creía que no te importaban los cotilleos.

—Eso no significa que no tenga orejas. Y, al contrario que tú, no he estado enfrascada por completo en documentos y reuniones, haciendo caso omiso del resto del mundo.

—Con excepción de ti.

—¿Vas a culparme por eso?

—No, pero me estás dando mucho trabajo.

—¿De veras?

Tyler sonrió mientras Lane servía cafés a un par de clientes. Luego miró a la multitud. Había representantes de todos los comercios y la radio local estaba cubriendo el evento. Luego miró a Lane, que seguía muy atareada. Las luces brillaban sobre su cabello lanzando reflejos otoñales. Recordó la silueta de piernas largas que había visto en la playa. Al principio no había sabido que era ella, estaba demasiado oscuro, pero cuando la había visto dirigirse hacia su casa después del ejercicio, no le había cabido la menor duda de

que había un cuerpo espectacular debajo de todas esas capas de ropa. Además, nadie caminaba tan erguida como ella, sus movimientos tenían un aire regio.

Se dio cuenta de que lo que sentía por ella no era sólo atracción sexual, sino que existía otro tipo de conexión. Admiraba su ingenio y su destreza.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Ángel.

—Qué nombre tan curioso.

—En realidad su nombre es Angelo.

—¿Angelo Douglas?

—Háblame de tus hermanos —pidió ella rápidamente.

—Somos cuatro. Ya has conocido a Kyle y entre nosotros está Reid. Tenemos una hermana, Kate, que está casada y con hijos.

—¿Y también miraste a su marido como acabas de mirar a Dean?

—Tuve que ponerlo en su lugar en cierta ocasión.

—¿Y eso?

—Intentó arrebatarme a la chica con la que había quedado para el baile de fin de curso.

—Ah —dijo ella forzando una sonrisa.

—¿Tienes más hermanos?

—Richard, Mark y Sophia —al menos, ésas eran las versiones inglesas de los nombres de sus hermanos. Deseó poder decirle «y yo soy Elaina, Elaina Honora Giovanni». Douglas era el apellido de su abuela irlandesa.

Lane siguió sirviendo cafés y le cedió el puesto a Peggy cuando ésta regresó. Dean se metió también detrás del mostrador para ayudar. Y Lane se vio obligada a tirar de Tyler para dejarlos solos.

—Vamos, perro guardián.

Tyler lanzó su taza de cartón a la basura y tomó a Lane entre sus brazos, iniciando unos pasos de baile.

—Tyler, ¿qué estás haciendo? —preguntó ella perdiendo el paso por completo.

—Es una danza tradicional sureña. No te integrarás de verdad con nosotros hasta que no aprendas a bailarla.

—Eso parece —dijo ella, observando cómo todo el mundo a su alrededor bailaba con entusiasmo.

—Relájate, Lane, estás tan rígida como una tabla.

—Vaya, gracias por el piropo, Fred Astaire —dijo ella esforzándose en seguir el ritmo. Tyler era un gran bailarín y enseguida consiguió que ella se adaptara. Al cabo de un rato de baile, Lane descubrió que se lo estaba pasando realmente bien. La gente se sabía la letra de la canción y coreaba a la banda. Perdió el paso, pero él la estrechó contra sí y el resto del mundo dejó de tener importancia.

Tyler la oyó reír y supo que estaba disfrutando de veras. Había adquirido soltura con los pasos del baile y se estaba dejando llevar de manera casi irracional. El gentío formó un círculo en torno a ellos y él deseó que la música no cesara jamás. Se sentía elevado a las alturas.

La canción terminó por fin y mientras la gente les aplaudía, Lane enterró su rostro en el pecho de Tyler.

—Lo he pasado muy bien —dijo ella al fin, separándose de él para mirarlo a los ojos—. Gracias.

—¿Hace mucho tiempo que no te diviertes? —Supongo que sí.

—Vamos, tengo que volver a mi puesto hasta medianoche. ¿O prefieres quedarte aquí?

—No, iré contigo.

A Tyler se le encogió el corazón de puro placer cuando le pasó un brazo por los hombros y ella no se resistió. Volvieron a la caseta de Lane mientras veían cómo la gente empezaba a marcharse a sus casas.

—¿Te apetece otro café? —preguntó ella.

—No, gracias.

—¿Una cerveza, un vino?

—Imposible, estoy de servicio, cariño.

—Gracias, Tyler —dijo ella sentándose en una silla.

—¿Por qué?

—Por convertirme oficialmente en una sureña.

Él le guiñó un ojo.

—De todas maneras, tienes que seguir practicando. Podemos repetirlo durante el Baile de Invierno que clausura la feria al final de la semana.

—Gracias por la invitación, pero no puedo aceptarla.

—¿Por qué no?

—Se supone que un caballero no debe poner en cuestión la negativa de una dama.

Él hizo una mueca.

—¿Fuiste a una escuela de esas que enseñan buenos modales, o qué?

—Mi madre era muy estricta en ese tema.

—A mí me parece una tontería. ¿Por qué no quieres bailar conmigo esa noche?

—Creo que la gente empezará a murmurar sobre nosotros infundadamente si lo hago.

—¿Infundadamente? —Pensarán que nos acostamos juntos—. Todavía no lo hemos hecho —repuso él—, pero lo haremos —añadió con una profunda mirada.

—¿Te das cuenta de por qué tienes tan mala reputación, Tyler? No pienso dormir contigo.

—Yo no estaba pensando en dormir, precisamente, estaba pensando en hacer todo tipo de cosas en la cama menos dormir.

Lane se incendió interiormente, sus palabras habían generado en ella una corriente de sensaciones cálidas, fundentes, con la fuerza de un terremoto centrado entre sus muslos. Se sintió acalorada y húmeda al pensar en dejarse tocar por él, en estar juntos en una cama grande haciendo… cualquier cosa menos dormir.

—¿Y qué pasa si simplemente resulta que no tengo ganas de asistir al Baile de Invierno?

—Nada, no asistas.

—Bien, entonces podemos dar la discusión por terminada, ¿no?

—Eso nunca.

—¿Vas a seguir insistiendo?

—Hasta que me des una buena razón para negarte.

—Eso no es necesario.

—Sí lo es.

—¿Por qué? —preguntó ella lastimeramente—. Porque llevas más de dos años en la ciudad y sólo conoces a Nalla y a algunos clientes. Por que la gente de la ciudad necesita saber que estoy contigo —ella se sintió hervir por dentro—. Y porque el Baile de Invierno es como un cotillón. Todos nos vestimos con nuestras mejores galas y fingimos pertenecer a la alta sociedad.

Y eso era precisamente lo que ella no quería. Estaba segura de

que allí habría cámaras y fotógrafos.

—Es una noche divertida —prosiguió él—, como de cuento de hadas. Y si tú no vienes conmigo, tendré que ir solo.

Tyler era concejal del ayuntamiento y sabía que no sería políticamente correcto faltar a ese evento.

—Podrías ir con otra persona.

—¿Quieres que lo haga?

—No me importa… —mintió antes de rectificar—, aunque, bueno, tendré que pensarlo…

—Supongo que eso es mejor que un no.

—He dicho que lo pensaré, no que acepto —advirtió ella.

—Comprendo —la tranquilizó él—. ¿Sabes una cosa, Lane? Jamás he tenido que esforzarme tanto para conseguir una cita.

—No lo dudo.

—Quizá en una ocasión. Con MarySue Sandford.

—¿MarySue?

—Sí, llevaba un aparato dental y era pelirroja.

—Supongo que al final lograste convencerla.

—Qué va, me dio un puñetazo en un ojo y me tiró al suelo mientras me gritaba que los chicos éramos todos unos estúpidos.

Lane rió imaginándose la escena infantil.

—¿Confías en que siempre vas a conseguir lo que te propones?

—Si no confiara, nunca emprendería nuevos proyectos —dijo él después de pensárselo durante un momento—. Mi madre siempre me dice que me comporto como un perro con un hueso. Jamás me rindo. Es bueno que lo sepas.

—Cielos, gracias por la información, Tyler, no se me había ocurrido pensarlo antes. Me adulas.

El hizo una mueca.

—No quiero que te sientas adulada, quiero que te rindas.

—Ya, y después… ¿qué?

—Después… ¿qué de qué?

—¿Qué pasará después, Tyler? Supón que me entrego a ti, que compartimos una cama y lo pasamos bien. ¿Qué pasará a partir de ese momento?

—No busco un compromiso para toda la vida, Lane.

—Entonces… ¿te estás tomando todo este trabajo para un simple Baile de Invierno? —preguntó ella procurando no mostrar su

decepción.

—No, claro que no.

Lane se calmó y suspiró mirando hacia la calle. La gente estaba en plena retirada.

—Tyler, creo que ya te lo he dicho en alguna ocasión, pero te lo repito: no estoy preparada para ser el objeto del mayor cotilleo de la ciudad, y tampoco quiero convertirme en una de tus conquistas para, a continuación, quedarme abandonada y hecha trizas. Créeme cuando te digo que ya he pasado por eso y no pienso reincidir —dijo ella cerrando con llave la puerta de la caseta.

—¿Lane?

—Buenas noches, Tyler.

Nalla Campanelli era una mujer de una belleza deslumbrante. Lane la admiraba por la forma en que se tomaba la vida, llena de intensidad. Aunque su restaurante era pequeño, estaba estratégicamente situado en el muelle. Sus clientes, acudían tanto por la buena cocina como por las espectaculares vistas y la tranquilidad. El piso de arriba estaba reservado para las comidas y las cenas elegantes, y el de abajo era un simple bar, más ruidoso, en el que estaba permitido tirar las cáscaras de los mariscos al suelo. Todo el restaurante tenía la impronta de su dueña, que se sentía tan cómoda con unos vaqueros como con un traje de fiesta.

A esa hora estaba cerrado, pero eran precisamente esos momentos los que Lane aprovechaba para ir a probar las novedades del menú.

—Sé que no vas a mentirme —dijo Nalla mientras su amiga probaba unos pastelillos de hojaldre.

—Demasiada sal. No realza el sabor del hojaldre, lo mata.

—De acuerdo, lo intentaré mañana de nuevo. Gracias por darme tu opinión, eres la única persona de la que me puedo fiar. Mis empleados piensan que los despediré si se atreven a criticar mis creaciones. —Nalla abrió una botella de vino, llenó dos copas y le entregó una a Lane—. Estaremos mejor en el piso de arriba, la brisa marina sienta de maravilla a esta hora del día.

Lane subió las escaleras y siguió a Nalla hasta la terraza.

—Venga, háblame de Tyler —la animó Nalla, una vez se hubieron acomodado en unos sillones de anea.

—Tyler está en plena persecución y no va a aceptar un no por

respuesta. Quiere que sea su pareja en el Baile de Invierno.

—¿Y no quieres ir con él?

—Claro que sí. Pero hay dos problemas: el primero es qué él no busca una relación estable; y el segundo, que no puedo arriesgarme a ponerme delante del objetivo de un fotógrafo. Y teniendo en cuenta que Tyler tiene que cenar con el gobernador del Estado, el peligro aumenta. No puedo permitir que Dan Jacobs, o cualquier otro reportero avieso, me vea en las páginas de sociedad de algún periódico nacional. Mi padre es la única persona que sabe dónde estoy y me ha prometido guardar el secreto.

—Creo que debes contárselo. Tyler puede protegerte.

—Pero llevo demasiado tiempo mintiendo y él odia las mentiras.

—No, simplemente te estás protegiendo. Hay una diferencia. Estoy segura de que en cuanto Tyler se entere de lo que te hizo Dan Jacobs, hará todo lo posible por defender tu honor.

—No puedo contar con eso. No sé cómo reaccionaría si se enterara de mi verdadera identidad.

—Te estás enamorando de ese hombre, ¿no, Elaina?

—Creo que sí —aceptó ella saboreando el sonido de su propio nombre.

—¿Quieres acostarte con él?

—Por supuesto.

—A lo mejor no es el acoso de la prensa lo que realmente te preocupa. Creo que si decides tener una relación amorosa con Tyler dejarás de sentirte tan sola. Estás ya tan acostumbrada a ello, que temes el cambio.

A Lane se le inundaron los ojos de lágrimas mientras se quitaba las pinzas del recogido. Su cabello suelto ondeó con la brisa.

—No puedes ni imaginarte el tormento al que me sometió la prensa…

—Es cierto, eso sólo lo sabes tú. Pero puedo hacerme a la idea de lo que supone perderlo todo… el hombre al que amabas, la reputación, el desfile, el contrato con una cadena de grandes almacenes… Tuvo que ser devastador. Pero… ¿estás preparada para seguir escondiéndote de por vida? Yo creo que si lo haces le estarás otorgando la victoria a la prensa. Si yo fuera tú, lucharía por mi libertad.

—Lo intenté —suspiró Lane, recordando cómo todas sus

palabras aparecían tergiversadas al día siguiente en la prensa. Nadie había querido escucharla porque Dan Jacobs era del gremio y gozaba de credibilidad. El hecho de que ella y su familia hubieran entregado los libros de contabilidad al FBI nunca apareció en titulares.

—No, no me refiero a luchar por tu carrera o por tu familia, sé que lo intentaste, me refiero a luchar por ti misma. Si Dan Jacobs vuelve a aparecer, échalo a los perros de Tyler. O mejor aún, échalo a los perros de todos los McKay.

Lane tomó un sorbo de vino. Estaba cansada de mentir y esconderse. Y, al igual que la Cenicienta, realmente deseaba ir al baile.

—Piénsalo, ¿de acuerdo? —insistió Nalla—. Aún nos quedan las regatas de vela, los rodeos y las exposiciones de artesanía. Y no te olvides de la celebración del Aniversario de la Fundación de Bradford, es como un cuento de hadas, con concierto incluido.

—Cielo santo —se sorprendió Lane. El año anterior no había prestado demasiada atención a todas esas actividades porque estaba demasiado ocupada creándose una nueva personalidad.

—Vamos, Lane, reconócelo, necesitas divertirte, ponerte otra ropa…, relajarte, un poco —dijo Nalla con los ojos brillantes.

—¿Cómo piensas ir vestida al Baile de Invierno?

—Con un fabuloso vestido de seda azul que me he comprado con los ahorros de un año entero.

—Debe haberte costado una fortuna. Me encantaría verlo.

—Ya lo has visto. —Nalla vio cómo Lane fruncía el ceño—, es uno de tus diseños.

Capítulo 6

alla tenía razón.

El Aniversario de la Fundación de Bradford era pura fantasía. El Ayuntamiento había adornado el centro histórico de la ciudad con multitud de luces de colores y la gente iba vestida de época. Lane había engalanado su escaparate, al igual que el resto de los comerciantes, y todos ofrecían bebidas y aperitivos a los viandantes. Esa noche cerrarían muy tarde, cuando diera comienzo el concierto nocturno en los muelles.

Lane estaba sorprendida de la cantidad de gente que había acudido al evento y sintió un momento de pánico al darse cuenta de que su local se atiborraba. No había creído necesario contar con la ayuda de Peggy, y empezaba a sentirse desbordada, sirviendo cafés y bollos sin descanso, cuando vio a Tyler, que se habría paso entre la multitud.

—Madre mía, mira qué cantidad de gente —dijo su hermana Kate, que lo acompañaba.

—Me temo que Lane no se lo esperaba —repuso Tyler, dándose cuenta de que la propietaria de la librería parecía tener los nervios de punta—. Hola, Lane.

Ella marcó unos números en la caja registradora y le dirigió una breve mirada mientras la máquina escupía la cuenta.

—Hola… me gustaría que pudiéramos charlar, pero… —Metió los libros en una bolsa y se los entregó al cliente—. Gracias, ya le llamaré por teléfono cuando encuentre esa novela.

Lane se fue inmediatamente a la barra y empezó a preparar cafés

para toda la gente que hacía cola.

Tyler se acercó a ella.

—¿Necesitas ayuda? —No. Sí, gracias…

Tyler se metió detrás de la barra y se puso a repartir tazas y servilletas a medida que ella preparaba los cafés.

—Ha venido mi hermana conmigo —dijo él—. ¡Tu hermana! —Se sorprendió Lane—. Hola, soy Kate —se presentó la aludida—. Hola —dijo Lane sin separarse de la cafetera—. Gracias por venir a verme.

—Justo lo que necesitabas, ¿no? Otro cliente —bromeó Kate.

—Es increíble, ¿verdad? —Podemos ayudarte un poco—. No, jamás me atrevería a…

—Ya nos hemos ofrecido —intervino Tyler—. ¿Por qué no has avisado a Peggy?

—Nunca pensé que habría tanta gente… —Bien, yo puedo manejar esta cosa— dijo Kate, colocándose delante de una de las máquinas de café expreso.

—¿De veras? Gracias a Dios… Pero… ¿estás segura? Es imposible que hubieras previsto pasar así la tarde.

—No te preocupes. Si no estuviera aquí, estaría cuidando de mis hijos, que deben estar volviendo loco a su padre. Luego me hubiera ido a casa a ocuparme de la lavadora, las cenas, y finalmente de la lucha diaria para meter a los niños en la cama. ¿Y qué prefiero? ¿Eso o estar aquí haciendo cafés? Ni lo dudes —dijo Kate con una espléndida sonrisa, atándose a la cintura un delantal—. Además, tengo experiencia. Trabajé en una cafetería italiana mientras estudiaba en la universidad.

Lane le dio las gracias efusivamente y regresó rápidamente al mostrador, donde se agolpaban los clientes que deseaban comprar libros, haciendo caso omiso de Tyler.

Él la miró mientras ella escogía libros de las estanterías, sonreía y charlaba con el público.

—Parece simpática, Ty —dijo Kate mientras servía un café y se daba la vuelta para preparar otro.

—Sólo cuando baja la guardia.

—Cielo santo, la estás analizando… buena señal.

Tyler echó una ojeada a su hermana, que se movía por detrás de la barra como un relámpago.

—¿Vas a opinar sobre ella nada más conocerla?

—En parte. A mamá y a Diana les gusta. No se parece en nada a la bruja con la que estuviste a punto de casarte.

Tyler le dio a su hermana un rápido abrazo, sonriendo. Kate podía parecer una mujer insignificante, pero se convertía en una fiera cuando se trataba de defender a su familia.

—Lo sé, cariño.

—¿Pero…? —preguntó Kate dándole un codazo en las costillas —. Siempre hay un «pero» cuando se trata de ti, Ty.

—Creo que oculta algo, puedo percibirlo en el ambiente.

—¿Estará casada?

—No, pero hay algo en ella que me resulta muy familiar.

—Tómatelo con calma —recomendó su hermana—. Mira, ahí están mamá y Kyle.

Tyler gimió y se lanzó a invitarlos a un café para evitar que molestaran a Lane. Su madre tenía espías en todas partes y él estaba seguro de que sabía en cuántas ocasiones habían estado juntos. Pero no quería presionar a Lane con la presencia de su familia casi al completo.

—Bueno, esto es interesante —dijo su madre, mirándolo como si fuera un adolescente que regresara a casa borracho después de un partido de fútbol, intentando disimular.

—Dame un respiro, madre.

—¿Por qué estás tan a la defensiva? —preguntó Kyle.

—Más de la mitad de mi familia está en este local vigilando a la mujer con la que estoy saliendo y… ¿aún me lo preguntas?

—Estamos de compras —dijo su madre con una sonrisa pícara.

—Si os queréis quedar, lo mejor será que colaboréis un poco — dijo Tyler, dándose cuenta de que Lane desarrollaba una actividad frenética.

Decidió acercarse al mostrador para ayudarla y atendió a una mujer que buscaba una novela que le rompiera el corazón. Si le iba a romper el corazón, ¿para qué leerla?, se preguntó. Él ya sabía lo que era tener el corazón destrozado.

Lane alzó la vista y vio a la madre de Tyler sirviendo bollería a los clientes. Mortificada, se excusó un momento y se dirigió hacia ella.

—Señora McKay, realmente no puedo permitirlo.

—Te dije que me llamaras Laura —repuso ella agarrando firmemente la bandeja que Lane había tratado de quitarle—. Y estoy perfectamente. Fui camarera en mi juventud, ¿no lo sabías?

—¿De veras? —Lane no podía ni imaginárselo.

—Me echaron a los tres días —le confesó Laura en un susurro—. Aparentemente mi destino en la vida era otro y mi jefe se dio cuenta. Pero creo que después de haber criado a cuatro hijos, soy capaz de servir bollos durante un rato.

—Me horroriza que se sienta obligada a ayudar.

—Cariño —repuso Laura, poniéndole una mano sobre el brazo —, necesitas ayuda, eso está claro. Además, para mí es divertido. No todos los días se presenta una oportunidad como ésta.

—Si está segura… —repuso Lane, sobrecogida por la simpatía que estaba demostrando la familia de Tyler.

—Venga, vete, haz las cosas que no podemos hacer los demás — dijo Laura indicando la máquina registradora del mostrador de libros y la cola de gente que había detrás.

Lane dudó un instante y finalmente se rindió, yéndose a atender a un nuevo cliente.

Tres horas más tarde, la afluencia de gente había empezado a remitir. Antes de irse, Laura McKay la había invitado a una barbacoa familiar al día siguiente, por la noche, después del partido de fútbol americano cuyos ingresos iban a destinarse a diversas causas de caridad. El marido de Kate había aparecido con unos niños exhaustos y toda la familia se había ido a casa. Sólo quedaba Tyler.

—Bravo —la felicitó él cuando finalmente cerraron la tienda.

Lane se dejó caer en un cómodo sillón y se deshizo del calzado.

—Estoy rendida.

—Hoy has hecho un gran negocio, ¿eh?

—No me lo esperaba. Estoy impresionada —dijo pensando en cómo devolver el favor a Laura y Kate.

Tyler se colocó en el borde del sillón para poder alcanzar el tobillo de Lane y darle un masaje.

—Tyler…

—Calla y relájate.

Ella gimió con cansancio, cerrando los ojos, mientras Tyler acababa con un pie y empezaba con el otro. Ella sintió un alivio

inmenso. Pensó en la familia McKay. Sin duda formaban un grupo amable y persuasivo.

—Tengo que ponerme a limpiar —dijo ella de pronto, echando un vistazo al desorden reinante.

—Déjalo para mañana por la mañana —repuso Tyler sin querer soltarle el pie—. La noche aún no ha acabado.

—Para mí sí.

—Tenemos que asistir al concierto.

—Creo que me lo voy a perder.

—Ya había reservado un sitio para nosotros —dijo él con una sonrisa adorable, mientras deslizaba sus manos por las piernas de ella hasta llegar a los muslos, lo que provocó en Lane un súbito acceso de deseo que se situó en el centro mismo del placer.

—Tyler, ¿pretendes provocarme?

—Tienes unas piernas preciosas.

El siguió acariciándola y ella se preguntó por qué no se quejaba y cómo podía sentirse tan tranquila. En realidad, lo sabía: se estaba enamorando de ese hombre.

—Ven aquí —dijo él inclinándose para besarla. Deseaba saber todo lo que tuviera que ver con ella, intuía que ocultaba algo, además de un poderoso fuego interior.

Ella puso las manos sobre los muslos de él y supo que había dado un paso adelante. Él reaccionó al contacto con un fogonazo de deseo. Estaba a punto de levantarla en brazos para sentarla sobre su regazo cuando sonó el teléfono en la trastienda.

—Tengo que contestar —dijo ella levantándose.

* * *

Tyler se dejó caer en el sillón, disfrutando de las sensaciones de los últimos momentos. Tenía una erección y estaba dispuesto a hacer el amor con ella. Pensó que jamás había deseado a una mujer de esa forma.

El sonido de la voz de Lane llegó hasta él y algo le hizo fruncir el ceño. Ella hablaba con alguien… en italiano. Aunque no podía entender ni una palabra, por su tono de voz dedujo que estaba enfadada, incluso furiosa. ¿Quién se hubiera imaginado que esa

mujer podría tener tanto genio? Nunca había perdido la compostura delante de él, pero podía verla a través de la puerta entreabierta de la oficina y allí estaba ella, casi gritando y gesticulando apresuradamente con la mano que le quedaba libre. Quienquiera que estuviera al otro lado del hilo telefónico estaba recibiendo una buena reprimenda.

—No, papá —dijo Lane en italiano—, no puedo olvidarme de todo y regresar tranquilamente a casa. Ahora tengo una nueva vida.

Esa misma conversación se había repetido numerosas veces en los últimos meses.

—*Mio cuore*, piénsalo despacio.

—Hasta que Ángel deje de andar con malas compañías y vaya al FBI a contar todo lo que sabe, no pienso ni plantearme la cuestión. Ya lo sabes. No quiero volver.

—No puedo creerme que seas feliz en esa pequeña ciudad.

—Pues el caso es que, precisamente hoy, estoy encantada —dijo pensando en Tyler.

¿Piensas abandonar tu carrera de diseñadora para siempre?

—No puedo predecir el futuro, papá. Pero sé que Dan Jacobs aún anda detrás de mí. Tú mismo me dijiste el mes pasado que seguía entrometiéndose en la vida familiar.

—Piensa que las cosas ya se han calmado por completo, hemos dejado de ser el centro de atención.

—Pero volveremos a serlo si yo regreso y no estoy preparada para soportar de nuevo el fuego enemigo —dijo Lane con los ojos ardiendo y mesándose los cabellos. Estaba enfadada con su padre porque siempre la llamaba para decirle lo mismo.

—Angelo está avergonzado. No ha querido explicarme nada, pero insiste en que siente mucho el daño que ha hecho a la familia y me pide que confíe en él.

—Y tú confías. No te lo reprocho; si fuera mi hijo yo también le otorgaría el beneficio de la duda. Debo dejarte, papá, tengo un invitado.

—¿Un hombre? Pórtate bien con él, hija, tienes que darme muchos nietos.

Ella sonrió.

—¿Qué quiere decir eso de que me porte bien, papá?

Él rió suavemente y Lane supo que su humor había mejorado.

—Me encanta el sarcasmo de mi niña —dijo.
—Tengo que dejarte, papá. Te quiero.
—Yo también te quiero, cariño.
—Y…
—¿Sí?
—Por favor, no me insistas en que vuelva a casa. Tengo una nueva vida.
Ella oyó cómo su padre soltaba un suspiro lastimero antes de asentir y colgar el teléfono. Lane soltó el auricular con nerviosismo.
Echaba de menos a su padre y a sus hermanos. Volvió junto a Tyler.
—Lo siento —dijo.
—No importa. No sabía que hablaras italiano tan bien.
—¿Lo entiendes? —preguntó ella presa del pánico.
—Ni una palabra.
—Uno de los colegios a los que fui estaba en Italia —dijo Lane, aliviada. No era una mentira—. ¿Quieres ir al concierto? Está a punto de empezar.
—Me parece que no tengo ganas. —Lane seguía pensando en Dan Jacobs y en la vida que había tenido que abandonar por su culpa, y no se dio cuenta de que Tyler la llevaba hacia la escalera de su apartamento, después de haber apagado todas las luces de la tienda—. ¿Qué haces?
—Reconozco el sabor de la derrota. Estás medio dormida.
—Puedo hacer el resto del camino sola.
—Lo sé. Sólo pienso acompañarte hasta la puerta.
Lane meneó la cabeza sintiendo el cansancio del día en todas las células de su cuerpo. Necesitaba irse a dormir, después de tomar una baño de agua caliente.
Una vez en el rellano superior, Tyler miró a su alrededor. Había una pequeña sala de estar al fondo del vestíbulo y una ventana cubierta de plantas para tapar las vistas exteriores. La decoración parecía de revista, las telas eran de buena calidad y había objetos de cristal y antigüedades sobre las mesas de roble. El ambiente era agradable y cómodo.
—Me gusta —dijo Tyler—. ¿Te atreverías a decorar mi casa?
—No —repuso Lane con una sonrisa—. Y ahora vete, por favor.
—¿No me vas a enseñar la casa?

—Sala de estar, comedor, cocina, dormitorio y cuarto de invitados —dijo ella señalando diversas direcciones.

Él chasqueó la lengua y se acercó.

—¿No te alegras de que mañana sea domingo?

—Mucho, no te lo imaginas —estaba cansada del día y de la semana.

—¿Vas a asistir a la regata de vela?

—No lo había pensado.

—Kyle y yo competiremos.

—¿Por qué será que eso no me extraña nada?

—Es una tradición. Los McKay hemos competido en todas las regatas desde su inicio. Nunca hemos salido victoriosos, pero hemos participado.

—¿Quieres que vaya a verte navegar? —preguntó Lane, a pesar de lo cansada que estaba—. ¿No tienes suficientes admiradoras?

—No, ninguna que importe más que tú —repuso él jugando con un mechón de polo rojo que se le había soltado.

—Durante unos días.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—Lo intento con todas mis fuerzas. Pero no es fácil resistirse a ti, Tyler McKay.

—Pues deja de hacerlo —dijo él rozando levemente entre sus muslos con la rodilla antes de presionarla contra la pared.

La boca de él cayó sobre la de Lane antes de que ésta tuviera tiempo de decir palabra, tanteando, acariciando, haciendo crecer la intensidad del beso. Ella se sintió derretir por dentro y estuvo a punto de desvanecerse, por lo que se agarró a la cintura de Tyler, tirando de él hasta que ambos cuerpos se juntaron. La boca de él iba de un lugar para otro: labios, rostro, cuello. Y cuando siguió descendiendo, Lane no protestó.

Los botones de la blusa se fueron desabrochando solos y un segundo más tarde la boca de él navegaba por el borde de sus pechos. Lane gimió deseando deshacerse de la blusa y el sostén para sentir su caricia por todas partes.

—Te deseo —dijo él—. Te deseo locamente.

—Tyler.

El la miró.

—Lo sé. Sé que no estás preparada aún. Pero, maldita sea, Lane,

necesito tocarte.

La boca de él volvió a caer sobre la suya y ella respondió al beso mientras introducía una mano por debajo de su chaqueta de ante. Él bajó la mano hasta la cadera de ella, luego hasta el muslo, tirando de la falda hacia arriba, sin dejar de besarla.

A Lane se le quedó la mente en blanco mientras su cuerpo hervía de sensaciones. Cuando la mano de él llegó hasta el límite de una de sus medias, él se echó hacia atrás.

—Estás llena de sorpresas.

Ella llevaba medias y liguero. Tyler apostó a que era negro y lo recorrió con la mano, rozando ligeramente el centro de su feminidad. El deseo asaltó a Lane, debilitando su resistencia. Se le escapó en un susurro el nombre de él.

—Puedo sentir tu calor —dijo Tyler con voz profunda—. ¿Sabes lo que me provoca?

El la embistió para que entendiera. A Lane se le subió el corazón a la garganta mientras lo agarraba del pelo y le devolvía el empujón.

Tyler metió un dedo en una de sus medias y recorrió la circunferencia del muslo desde detrás hasta el centro de su placer. Era la sensación más erótica que ella había conocido jamás.

Ábrete para mí, cariño —dijo él.

Y, al instante, ella se abrió.

Capítulo 7

A Tyler le bombeaba el corazón de tal manera que casi le hacía daño. El torrente de sangre le bloqueaba los oídos y sabía que en aquel momento estaba cruzando una delicada frontera con Lane. No se detuvo. Se sentía conectado a esa mujer y todos sus sentidos le avisaban de que podía enamorarse de ella. Y la tenía en sus brazos.

Ella se arrebujó contra él y Tyler introdujo ligeramente los dedos entre sus muslos y la besó con más profundidad. Lane cambió de postura y se montó sobre el muslo de él, con la falda por la cintura. Y Tyler se dio cuenta de que estaba temblando. Interrumpió el beso y la miró, pero ella gimió su nombre, suplicante.

Él introdujo un dedo más hondo y ella cerró los ojos con un suspiro tan ronco que la sorprendió. Acababa de dejar de ser la mujer precavida que se escondía de todos. El centro de su placer estaba caliente y húmedo, y al notarlo, Tyler gimió. Empujó más fuerte y ella soltó un sollozo de placer. El sacó y metió el dedo varias veces y ella se quedó paralizada por la pasión contra la pared.

—Me encanta lo que me haces —susurró Lane.

Tyler la hizo recorrer el camino hacia el éxtasis, haciendo caso omiso a su propia necesidad, concentrado solamente en dar placer, en observar sus facciones y sentir su pulso. Era consciente de su aroma y de sus estremecimientos, de una forma más lúcida e intensa que con cualquier otra mujer. Ella echó la cabeza hacia atrás y se lamió los labios, aún húmedos por el beso. Su rostro expresaba calma mientras las sensaciones crecían y se

arremolinaban en su interior. No tenía prisa y se acomodó al ritmo de Tyler. El contacto era primitivo y erótico. Cuando ella bajó las manos hacia la entrepierna de él y las amoldó a su enhiesto bulto, Tyler estuvo a punto de depositarla en el suelo, muerto de ganas por penetrarla. Pero se contuvo y volvió a apretar los dedos en la oquedad de ella, sin querer pensar en nada más que en dar placer.

Su erección era tan potente que le dolía mientras ella llegaba a su clímax con los ojos llameantes. Él sonrió al sentir las primeras contracciones de los músculos de su feminidad.

—Llega hasta el final, preciosa, quiero verlo. Un poco más.

Ella volvió a estremecerse, alcanzando finalmente un éxtasis total.

—¡Qué bueno!

—Ha sido precioso de ver —dijo él mientras contenía la presión de sus hormonas, a las que no pensaba dar rienda suelta. Esa noche no.

Ella lo besó en el cuello.

—No puedo creerme lo que acabamos de hacer.

—Yo sí. Me has dado vía libre, Lane. No sé de qué te escondes, pero me doy cuenta y soy capaz de llegar al fondo de tu alma. Se ha realizado uno de mis mejores sueños.

Ella debería haberse tomado esas palabras como una advertencia, pero hizo caso omiso, aún flotando en una nube de emociones.

—¿Sueñas conmigo? ¿Con nosotros?

—Desde luego, y si antes era malo, a partir de ahora va a ser una tortura.

Lane estaba sorprendida y halagada. Ella no le había dado ninguna esperanza y, sin embargo, ahí estaba él, paciente y persistente, haciéndola sentirse más deseada que en toda su vida. Lo besó con suavidad.

Tyler la levantó en brazos y la llevó a la sala de estar, depositándola con cuidado sobre el sofá mientras él tomaba asiento en una esquina. Ella yacía con expresión turbada y la blusa abierta mostrando unos pechos llenos y perfectos. Ésa era una de las cosas que escondía: su cuerpo.

—No voy a quedarme, así que quita esa expresión de pánico —ella enarcó una ceja—. No me interpretes mal, bonita. Me

encantaría desnudarte del todo y saborear cada lugar de tu cuerpo, pero no lo haré. No lo haremos. No esta noche.

—Eso implica que habrá otra noche.

—Estaba esperando que lo adivinaras —sonrió él. Ella lo besó, pensando en estar con él desnuda, recorriendo todos los recovecos de su cuerpo—. Ven conmigo al Baile de Invierno.

—Pídemelo mañana por la mañana.

—¿Por qué?

—Porque ahora sería capaz de concederte cualquier deseo.

Él sonrió contra su boca, pasando las manos primero por su cintura y luego por sus costillas hasta que alcanzó los pechos. Ella se arqueó y él maniobró para meter las manos por debajo del sostén. Lane musitó su nombre mientras él acariciaba sus pezones. Estaba presa de una oleada de calor y pasión y lo deseaba. Lo hubiera dado hacer cualquier cosa si él no hubiera decido dar el tema por concluido. —Tengo que irme— dijo Tyler después de mirarla durante unos instantes.

—Tyler.

—Sss. No digas nada —pidió él, levantándose con los puños apretados, luchando entre el deseo y el sentido común. Ninguno de los dos estaba preparado para pasar la noche juntos—. Quiero más cosas de ti, Lane, no sólo compartir la cama.

¿Durante cuánto tiempo?, se preguntó ella. Cuando se enterara de que había estado mintiendo, la abandonaría, estaba segura de ello.

—No puedo ofrecerte eso, Tyler.

—No sé qué es lo que ocultas, pero no me importará —dijo él mirándola intensamente.

—No oculto nada —dijo ella sin aliento.

—Mentirosa.

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

—No te indignes tanto. Si no ocultaras nada, yo sabría más cosas sobre tu vida. Dime quién te llamó hace un rato, esa persona con la que hablaste en italiano. Podría enterarme por mi cuenta, pero no lo haré. Quiero que confíes en mí lo suficiente como para contármelo tú misma.

Lane no dijo nada porque no estaba preparada para confiar tanto en él. Permitirle jugar con su cuerpo era una cosa, pero dejarle

conocer su intimidad significaba llegar demasiado lejos.

—Te advertí que era un hombre paciente, Lane —dijo él antes de girarse hacia la puerta. Ella no corrió detrás de él, manteniendo sabiamente la distancia. Sonaron sus pisadas en la escalera y luego oyó cómo se abría y cerraba la puerta.

Lane se dejó caer en el sofá. ¿Estaba preparada para confiar en él? ¿Cómo reaccionaría él cuando se enterara de todas las mentiras que le había contado? Tener una aventura con Tyler McKay sonaba divertido, pero ella no sabía que llegaría más allá. Sospechaba que alguien había hecho daño a Tyler, igual que Dan Jacobs a ella. Y ninguno de los dos estaba preparado para saltar entre las llamas de nuevo.

A la mañana siguiente, Lane consiguió levantarse a tiempo de hacer la limpieza del local. Pero sus pensamientos no estaban centrados en los beneficios del día anterior, sino en la intimidad con Tyler y en cómo la había hecho sentir. También pensó en cómo él parecía saber que ella ocultaba algo.

Vio riadas de gente por la ventana del escaparate que se dirigían a presenciar la regata. Y, de pronto, deseó participar en las actividades de la ciudad y dejar de tener secretos. Investigó en el armario, dispuesta a cambiar las faldas largas y los jerséis anchos por algo más en consonancia con el evento. Finalmente sacó un par de pantalones azul marino, una camiseta naviera a rayas y una chaqueta cómoda que hacía juego con los pantalones. Era un atuendo clásico, pero tampoco quería revelar su personalidad como usuaria de grandes marcas tan deprisa. Se iría mostrando al mundo poco a poco. Aún no estaba preparada para reconvertirse en la verdadera Elaina. Pero quería llegar a tiempo de ver la salida de la regata.

Tyler miró a Kyle.

—Estoy tratando de mostrarme comprensivo…

—Pues sigue intentándolo. Yo tampoco pensaba caerme del caballo. —Kyle había estado en el rodeo a primera hora de la mañana, había sufrido una caída y tenía el brazo en cabestrillo—. Supongo que esto acaba con nuestras posibilidades de participar en la regata.

Tyler se frotó la nuca.

—No se trata de la regata, sino de la tradición.

—Tyler, yo puedo navegar contigo —dijo Kate.

—Gracias, cariño, pero sé que no estarías cómoda. Puede ser peligroso —ella tenía una familia en la que pensar y una regata implicaba ciertos riesgos.

—Mira a quién me he encontrado —dijo una voz.

Tyler miró a su madre y a la mujer que la acompañaba. Tardó unos segundos en reconocerla y pasó la mirada por su cuerpo antes de detenerse en sus ojos.

—No estoy seguro de que me guste verte así vestida —comentó, acercándose a ella y dejando a la familia detrás.

Lane se sonrojó.

—¿Por qué?

—Porque todos los hombres de la ciudad se van a dar cuenta del cuerpo que tienes y antes sólo lo sabía yo.

—¿De veras? —dijo Lane halagada.

—De veras. A no ser que estén completamente ciegos.

Ella se había arreglado el pelo en una coleta y él se dio cuenta de que era más largo de lo que había supuesto. Tyler la tomó de las manos y le dio un ligero beso en los labios.

—He estado pensando en ti durante toda la noche —le susurró.

—Debes estar muy cansado, entonces.

—No, he dormido como un bebé soñando con tu cuerpo estremecido bajo mis caricias. —Tyler, calla. Tu familia está ahí al lado, pueden oírnos.

—Me alegro de que hayas venido. Aunque puede ser en balde.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Kyle se ha roto un brazo en el rodeo.

—Eso es terrible, pero… ¿qué tiene que ver contigo?

—Siempre navegamos juntos. Necesito la ayuda de alguien. Reid está fuera de la ciudad y a Kate le da miedo el agua, aunque se resista a reconocerlo. Y mi madre… bueno, es algo mayor.

Él se giró, le pasó un brazo por la cintura, y se dirigió con ella hacia su familia. Estaban en el borde del muelle, mirando el barco de vela que probablemente tendría que quedarse amarrado.

—¿Por qué no le preguntas a Jace Ashbury? —propuso su madre.

—El también compite este año con su propio barco. Creo que deberíamos recoger las velas y buscar un sitio entre la multitud.

—Lo siento mucho, Ty —se disculpó Kyle.

—No te preocupes. Es sólo una regata —a pesar de su decepción, Tyler no quería que su hermano se sintiera aún peor.

—Estás deseando participar, ¿no? —preguntó Lane.

—Es una tradición. Los McKay no se han perdido ni una sola regata desde hace más de cien años.

—Yo sé navegar —dijo Lane en un impulso.

—No pasa nada, Lane —repuso Tyler con una sonrisa—. Sólo es una competición.

Lane dio un paso adelante.

—McKay, ¿quieres participar o no?

—Sí, pero necesito a alguien que sepa de veras.

—Te aseguro que yo sé, capitán —dijo Lane señalando las partes del barco y diciendo sus nombres antes de explicarle con qué velas plantearía ella cada momento de la regata.

Tyler sonrió.

—Creo que habla en serio, hermano —intervino Kyle—. Yo aceptaría la oferta.

Tyler la miró a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque significa mucho para ti.

Algo se abrió dentro de él y supuso que era una parte de su corazón que había permanecido oculta durante demasiado tiempo. Sonrió y la invitó a subir a bordo.

—Gracias, cariño. ¿Estás preparada?

—Desde luego, capitán.

El sonrió y se dirigió hacia la proa mientras sonaba la señal para que todos los barcos se situaran en la línea de salida. Desatracaron y se colocaron en su puesto.

Lane estaba un poco nerviosa, hacía tiempo que no navegaba a vela y no quería decepcionar a Tyler.

El se hizo con el timón.

—Vas a tener que moverte rápido, cariño.

—No te preocupes, Tyler, lo conseguiremos.

Sonó el disparo de salida y Tyler desplegó la vela principal. El viento, frío y fuerte, la hinchó y comenzaron a moverse, ganando velocidad. Tyler gritaba las órdenes y ella obedecía. La regata tenía una hora de duración y el punto de retorno estaba situado debajo

del puente elevado. En ese momento probablemente se sabría ya quién iba a ser el vencedor.

Tyler tenía unos de los barcos más grandes y Lane estaba entusiasmada. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. Iban adelantando posiciones. Cuando llegaron al punto de regreso, Lane soltó una vela y recogió otra, haciendo oscilar peligrosamente al barco.

—¡Lane, por favor, sujétala fuerte!

Ella estaba de pie sobre la quilla del barco con el cuerpo tenso a poca distancia del agua, tirando de una cuerda con todas sus fuerzas.

—¡La tengo, Tyler! ¡Vira! —Él lo hizo con soltura y volvieron a enderezar el rumbo de regreso en primera posición—. ¡Eh, McKay! ¿Quieres ganar esta regata?

—¡Me encantaría! Vamos, preciosa, hagamos una auténtica demostración.

Trabajaron a dúo como si llevaran haciéndolo toda la vida. Lane era rápida manejando la botavara y las velas, estirando los músculos hasta el límite. La multitud rugía.

Otro barco se les acercó, acortando distancias. Tyler levantó la mirada: era su amigo Jace. Lane tensó con todas sus fuerzas la vela mayor y entraron limpiamente en primera posición por la línea de meta.

Los espectadores soltaron alaridos y risotadas.

Lane plegó rápidamente la vela.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Tyler, abrazándola—. ¡Has estado magnífica!

—Nada como superar una centenaria racha de mala suerte, ¿eh?

—Gracias, Lane —dijo él dándole un fuerte beso y dejándola sin aliento.

—Tú tampoco has estado mal.

—Sí, pero ese momento final en el que parecía que Jace nos adelantaba… Ha sido fantástico.

Jace pasó de largo, saludándolos con la mano. Ellos correspondieron al saludo, sonriendo ampliamente. Luego Tyler volvió a mirarla a los ojos.

—Hoy ya es mañana, ¿lo recuerdas? ¿Vas a acompañarme al Baile de Invierno?

Ella lo miró y supo que no podía decepcionarlo. El estaba tan contento en ese momento y ella tenía tantas ganas de seguir divirtiéndose que…

—Sí, iré contigo.

Él sonrió arrobado.

—De acuerdo, lo has prometido, recuérdalo. —Supongo que podré encontrar algún vestido adecuado.

Él apoyó su frente en la suya.

—Gracias, preciosa. ¿Qué opinas de que atraquemos y dejemos que nos felicite todo el mundo?

Lane palideció mirando hacia el muelle. Había olvidado que los ganadores aparecerían en la prensa. En portada. En todo el estado.

¿Cómo iba a protegerse ella sin hacer daño a Tyler?

Capítulo 8

Lane retiró el rostro de la cámara con la esperanza de que Tyler no se diera cuenta. Contestó a varias preguntas de los periodistas, pero cuando éstas se volvieron íntimas, se escabulló, dejando que Tyler gozara de ser el centro de atención. No todos los días se podía disfrutar de un triunfo semejante.

Mientras la prensa seguía sacando fotos, Lane se encaminó hacia su casa, pero la familia McKay la detuvo con sus felicitaciones y sus sonrisas. Estaba claro que no iba a poder evitar asistir al partido de fútbol con fines benéficos de por la tarde y, después, a la barbacoa en la playa.

Admitió que no quería pasar el resto del día sola, sino con Tyler. Finalmente se fue a casa para ponerse ropa de mayor abrigo para la tarde y fue recibida como si fuera ya una vieja amiga en las gradas del campo de fútbol. Le gustó que esa gente fuera tan abierta con las relaciones personales, y odió la posibilidad de que se enteraran de que era una mentirosa. Se fijó en el número que llevaba Tyler en la camiseta, para poder seguirlo durante todo el juego.

Lane gimió cuando Tyler acabó en el suelo con un sonido sordo.

—Eso le va a doler mañana —dijo, mientras Kate asentía sin parar de reír.

Unos minutos más tarde, Tyler volvió a ser alcanzado. Tardó más en levantarse del suelo que la primera vez. Lane se puso en pie, preocupada, hasta que lo vio enderezarse y dirigirse al banquillo. A los pocos minutos terminó el juego, con la victoria del equipo juvenil sobre los veteranos.

Tyler subió a las gradas buscando a Lane. Ella se abrió paso entre la gente, sintiéndose joven y excitada, a pesar de que ya tenía treinta años. Sudoroso y lleno de barro, Tyler se quitó el casco al verla. Sonrió.

—No creo que tarde ni cinco segundos en caer agotado.

—Lo disimulas espléndidamente.

—Bien, te pasaré el brazo por los hombros e intentaremos que nadie se dé cuenta de que me estoy apoyando en ti porque no puedo tenerme en pie.

Ella rió y se alejó con él hacia el aparcamiento, despidiéndose de los McKay con la mano. Lane ya tenía la furgoneta reparada enfrente de su casa, pero había ido al campo de fútbol andando.

Tyler se detuvo delante de un gran monovolumen y sacó las llaves.

—¿Qué ha pasado con tu deportivo plateado?

—Lo vendí.

El monovolumen era enorme y de color cereza.

—¿Por qué? Pensaba que te gustaba.

—Ya he superado esa fase de mi vida, supongo.

—La verdad era que, desde que había conocido a Lane, él había empezado a pensar en el futuro. Y… los coches deportivos resultaban muy poco prácticos. Por primera vez en tres años, tomaba en cuenta la posibilidad de casarse y formar una familia. Miró a Lane y no supo por qué tenía miedo de volver a sentirse herido.

Tyler frunció el ceño mientras se quitaba el uniforme de deporte y se ponía una camiseta limpia.

—Dios santo, Tyler, tu mano… parece que la tienes rota —dijo ella examinando con delicadeza las heridas—. Necesitas un poco de hielo, acompáñame a casa.

—La mía está más cerca y tengo que darme una ducha y cambiarme. Monta —ella dudó un momento—. ¿Tienes miedo de ir conmigo al volante?

—Por supuesto que no. Pero conduciré yo. Esa mano no tiene muy buen aspecto.

Él le tendió las llaves con una sonrisa y se acomodó en el asiento del acompañante, dándole instrucciones para salir del aparcamiento. Ella condujo hasta su casa y él salió del coche

gimiendo por causa de la herida, aunque se las arregló para limpiarse el barro de las botas en el felpudo antes de entrar.

—Ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa.

Ella echó un vistazo a las estancias salpicadas de escasos muebles. Parecía que nadie vivía allí. Sus miradas se cruzaron.

—¿Qué tal si preparo un poco de café? —preguntó ella.

—Si queda… No he tenido tiempo de hacer la compra desde que empezó la Feria —dijo él emprendiendo la subida de las escaleras con aspecto cansado.

—Acuérdate de este momento cuando te vuelvan a proponer jugar contra los equipos juveniles, McKay.

—Tu compasión es enternecedora, cariño.

—Eso pretendo —dijo ella, pensando si él realmente necesitaría su ayuda para subir a ducharse. Decidió que no y se puso a curiosear la casa. Le gustó el diseño arquitectónico, pero aborreció la decoración. No existía ningún detalle personal que diera sensación acogedora. La casa estaba desangelada y Lane comprendió que Tyler pasara allí el menor tiempo posible. Puso el café en el fuego, encontró un par de tazas y oyó el sonido de la ducha en el piso de arriba.

Apoyada en la encimera de la cocina, Lane dio un sorbo de café, debatiéndose entre quedarse donde estaba o ir en su busca. Una voz interior la animaba, pero otra le advertía de que él estaría desnudo y mojado al lado de una cama. Los recuerdos de la noche anterior se agolpaban en su mente, llenos de imágenes y emociones. Se le disparó la imaginación y sintió dureza en los pezones y humedad entre los muslos. Se estaba enamorando de Tyler McKay. Y tenía que contarle la verdad.

Pero no se atrevía a destrozar lo que estaba naciendo entre ellos con tanta fuerza. Con ese debate interno, se dirigió hacia las escaleras, portando las dos tazas de café y una bolsa de hielo. Con un profundo suspiro, empezó a subir los escalones y se sorprendió al ver que había cuatro dormitorios en la planta superior. Se orientó por el sonido de la ducha para dar con el suyo y abrir la puerta.

Una cama enorme dominaba el espacio, decorado con muebles de caoba y telas de gran calidad. Se los imaginó juntos, en aquella cama, con Tyler encima de ella, a punto de penetrarla. Todo su cuerpo se vio recorrido por una intensa oleada de calor. Él había

conseguido introducirse en su alma. Y ella supo inmediatamente lo que estaba haciendo. Había llegado el momento de dejar de huir… de la vida…, de Tyler. Dejó las tazas y la bolsa de hielo y lo miró a través del cristal de la ducha. El estaba apoyado con los brazos sobre la pared de gres y tenía la cabeza inclinada bajo el chorro de la ducha. Estudió con detenimiento cada centímetro de su cuerpo, sintiéndose maravillada. Él retiró la cabeza y sus miradas se cruzaron.

Ella sonrió mientras él cerraba los grifos, tomaba una toalla negra y se secaba brevemente la cara y las manos antes de arrollársela en torno a la cintura. Luego abrió la puerta.

—Has subido hasta aquí por tu propia voluntad —dijo, luchando contra la urgencia de tomarla en brazos.

—Sí —repuso ella. El mensaje estaba claro.

—¿Es necesario que te pregunte si estás segura?

—No, no es necesario —dijo ella quitándose las gafas—. ¿Y tú?

—Cariño —dijo él dando un paso adelante—. No sabes cuántas veces he deseado que estuvieras aquí conmigo.

Lane se quitó los zapatos y las medias mientras Tyler la observaba y se daba cuenta de que su cuerpo reaccionaba con prontitud. Cuando ella fue a quitarse el jersey, él se acercó, la atrapó entre sus brazos y la besó salvajemente. Metió las manos por debajo del jersey y notó la agradable calidez de su piel. Quería conocer a fondo todo su cuerpo, hacerla gritar de placer mientras veía cómo se estremecía entre sus brazos. Necesitaba todo eso como nunca había necesitado nada en la vida.

Siguió besándola hasta que ella se separó un poco y finalmente pudo quitarse el jersey. Tyler la miró mientras ella se deshacía de los pantalones. Luego se soltó el cabello, creando una cascada de sedoso color caoba con reflejos de tono rojo oscuro. Ella lo dejó sin aliento, con la vista clavada en su delicada cintura y esos pechos rotundos que parecían querer escapar del sostén que los retenía. Cuando Lane se apoyó en la cama y se desabrochó el sujetador, él se quedó boquiabierto antes de lanzarse sobre ella para acariciarla y besarla con ferocidad. Se llenó las manos con sus dulces pechos y ella se las apretó. Después, él lamió y mordisqueó sus pezones, haciéndola estallar de placer.

—Tienes un sabor maravilloso.

—Es el gel de baño —bromeó ella, pasándole las manos por todo el cuerpo.

El chasqueó la lengua, apartando una de sus rodillas para que el contacto entre sus cuerpos fuera más completo. Pero ansiaba que llegara el momento de penetrarla.

—Creo que no necesitamos esto —dijo ella desanudando la toalla negra.

Sus cuerpos ya estaban plenamente el uno junto al otro, con la erección de él presionando en el vientre de ella. Tyler sintió que estaba a punto de perder el control y se separó un poco.

—¿Tyler?

—Espera un momento, preciosa, te deseo de tal manera que quiero prolongarlo lo más posible.

—Siempre existe la posibilidad de repetir —dijo ella dándose la vuelta para agarrar la caja de condones, ofreciendo así una vista inmejorable de su trasero que dejó a Tyler anonadado.

El tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no introducirse en ella en ese mismo instante. Ella se estiró sobre la cama y él lanzó la boca entre sus muslos, chupando, succionando, mordisqueando… antes de recorrer todo su cuerpo hasta llegar a la garganta y volver de nuevo a descender hasta sus pechos.

Ella se apretó contra él, llena de calor y energía. Su contacto era como una tormenta desatada llena de truenos y relámpagos.

Lane gimió porque se sentía próxima al éxtasis, mientras lamía los planos pezones de Tyler. Los dedos de él se introdujeron en el centro de su feminidad y ella soltó un breve sollozo antes de tomar la turgencia de él entre las manos.

—Voy a perder el control, Lane.

—Quiero verte roto en mil pedazos —repuso ella mientras daba un rotundo masaje a su miembro viril. Él cerró los ojos y su respiración tembló. Ella saboreó su lengua y se dejó lanzar sobre la cama, boca abajo, con las piernas abiertas. Él deseaba penetrarla sin dilación. Ella sonrió y levantó las caderas, invitándolo a introducirse en ella. Él tomó un condón y se lo colocó. Tyler se estremeció cuando la punta de su miembro topó con la entrada de la suave vagina de ella. Ella estaba caliente y húmeda, esperándolo.

Lane se dio la vuelta y elevó aún más las caderas.

—Ahora, Tyler, por favor.

El la penetró con una lentitud deliberada, sonriendo cuando ella suplicaba más. Finalmente se introdujo a fondo y Lane apretó la piernas para sentir mayor contacto.

—Eres preciosa.

—Los halagos te dan muy buen resultado. —Ahora mismo tengo todo lo que quiero tener—. Tyler —dijo ella con los ojos bañados en lágrimas.

—Tengo el corazón concentrado en esto.

—Y yo también, guapo.

El entró y salió varias veces y ella se acopló a un ritmo creciente que tenía otras connotaciones más allá del simple deseo. Formaban una pareja perfecta, totalmente compenetrada. Lane sintió cómo la conexión aumentaba de nivel y deseo que aquello no se acabara nunca. Experimentó una especie de agonía cuando él se retiró de repente, aunque volvió a ella al instante. Danzaron a ritmo acelerado, con la mirada clavada en los ojos del otro.

Y por fin llegó el momento, el placer que sólo él era capaz de darle. La pasión por la que había esperado tanto tiempo.

—Tyler, Tyler…

—Lo sé, bonita, lo sé —susurró él con voz ronca, mientras su propio éxtasis lo inundaba, como si una fuerza salvaje se liberara de pronto de su prisión. Ella apretó las piernas, deseando quedarse con todo su esperma, aunque era evidente que el condón lo impediría.

Una vez pasado el momento de éxtasis, ella se sintió débil y vulnerable. Pero él la besó lentamente y se echó sobre la cama llevándola consigo.

Lane miró sus profundos ojos azules y sonrió. Lo amaba. Era como si se hubiera abierto una puerta cerrada en secreto. No podía permitirse pensar en las mentiras que le había contado. Sólo pensaba en el momento que estaba viviendo.

—Lane.

—Hum.

—Eres increíble.

Ella se sonrojó y lo besó.

Él puso una mano sobre unos de sus pechos y lo estrujó.

—¿De nuevo a la carga?

—Aún no hemos terminado.

Sonó el teléfono y Tyler lo miró durante unos segundos antes de

responder.

—Sí, madre, me encuentro bien.

Lane se tapó la boca para no soltar una risotada.

—No, no está rota —prosiguió Tyler—. No, Lane está conmigo. Nos veremos esta noche en la barbacoa —dijo antes de colgar.

—No me puedo creer que le hayas dicho que yo estaba aquí —se quejó Lane.

—No puede ver lo que estamos haciendo —dijo él echándole los brazos por encima—. Y tú no puedes seguir ocultándote. Háblame de tu familia.

—Ya lo hice.

—Ya, sus nombres y nada más.

—Ellos forman parte de mi vida, pero yo soy yo. Y lo que ahora quiero es que estemos tú y yo solos.

—¿De veras? —preguntó él poniéndole una mano sobre la cadera.

—Nunca te quedas satisfecho con una sola vez, McKay. Eres adicto.

Ella se montó sobre sus caderas y condujo el miembro viril, otra vez enhiesto, hacia su vagina, dejándose poseer por su fuerza interior. Ella comenzó un movimiento de vaivén y él cerró los ojos, pensando en que sólo deseaba a esa mujer.

Tuvieron que ducharse y vestirse y salir corriendo hacia la barbacoa en la playa antes de que su madre volviera a llamar de nuevo.

—¿Parezco culpable? —preguntó ella.

—No —dijo él pasándole un brazo por los hombros mientras se acercaban a la fogata de la playa—. Y yo tampoco —añadió besándola en la frente—. No me siento en absoluto culpable.

—Pero llegamos tarde.

—Yo necesitaba atención médica.

—Y yo te necesitaba a ti. Ha sido maravilloso.

—Todavía nos queda esta noche, cariño —dijo él, inclinando la cabeza hasta su oído.

Ella sintió cómo un nuevo fuego ardía en su interior, tan espléndido como el de la playa, y pensó que despertar entre sus brazos a la mañana siguiente sería como un trofeo.

La familia y los amigos dieron la bienvenida a los vencedores de

la regata con sonoras aclamaciones y Lane y Tyler tuvieron que separarse, reclamados por las personas que querían saber más detalles sobre la regata. Durante las dos horas siguientes apenas si pudieron verse, pero Lane seguía con la mirada siempre que podía al hombre que acababa de hacer el amor con ella.

Apareció Kate, con una niña pequeña sobre la cadera. Lane le hizo una caricia.

—Te gusta mi hermano, ¿no? —preguntó Kate.

—Sí, me gusta —dijo pensando que, en realidad, lo amaba.

—Me alegro. Ya iba siendo hora de que se echara una novia en serio. —Lane frunció el ceño—. ¿No te ha hablado de su boda? Bueno, de una boda que no llegó a celebrarse jamás. —Lane estaba helada—. Tyler se dio cuenta de que ella sólo iba detrás de su dinero y la canceló una semana antes.

—Eso es espantoso.

—¿Lo quieres tú por su dinero?

—Yo tengo dinero propio, Kate —tenía un fondo de inversiones a su nombre y una gran cantidad de acciones que la permitirían vivir con holgura durante unos años. Pero admiró a Kate por preocuparse por su hermano.

—Desaparece, Kate —dijo Tyler apareciendo de repente.

—Sólo me estoy preocupando por ti. Y, además, deberías habérselo contado.

—Lo que pase entre Lane y yo es privado.

—Te quiero, Ty —dijo ella en plena retirada pero ahora que yo ya he desvelado el secreto…

—Tu ex novia debe haberte hecho mucho daño —dijo Lane.

—En efecto.

—Sin embargo, creo que puedo entenderla.

—¿Qué?

—Ella quería casarse con un McKay, no contigo —explicó Lane, encogiéndose de hombros—. Estaba pensando en sí misma y labrándose un futuro seguro, pero te hizo daño en el proceso —miró a Tyler y lo vio furioso—. No pretendo defenderla, créeme —añadió ella rápidamente—. Pero si estaba convencida de que las cosas materiales la harían feliz, el dinero sería su prioridad.

Tyler lo pensó detenidamente y le dio la razón. Clarice había sido la peor enemiga de sí misma.

—¿El hombre que te traicionó a ti también era así?

—Muy parecido, sólo buscaba su propio provecho. Me dijo que me amaba y era mentira. Buscaba algo.

Tyler vio en los ojos de ella el dolor que aquella experiencia le había causado. Y también vio miedo. ¿Estaba preguntándose si él sería capaz de hacer lo mismo?

—¿Qué pretendía?

—Hacer daño a mi familia —él enarcó una ceja—. ¿La amabas, Tyler?

—Estaba convencido de hacerlo, pero era fácil rendirse a sus encantos.

—¿Y lo has superado?

—No te habría besado si no fuera así.

—Ah, un hombre de honor.

—Eres muy desconfiada, ¿lo sabías?

—Forma parte de mi terapia diaria. Eso y las dos sonrisas por jornada.

Tyler la abrazó.

—He podido ver ese par de sonrisas esta misma tarde —dijo soltándole el cabello mientras ella volvía a sujetárselo rápidamente —. Eres preciosa, Lane. Deja de esconderte y ábrete a mí —añadió mirándola a los ojos. Sabía que había algo más en su pasado y se merecía saberlo.

—Tyler, no sabes lo que me estás pidiendo.

—¿Tan malo es tu pasado?

—No. Sí, es difícil de explicar.

—¿No has descubierto todavía que yo no pienso hacerte daño? ¿Qué yo no soy como él?

—Yo tampoco soy como ella.

—Eso ya lo sé.

—Pues recuérdalo, recuérdalo.

Capítulo 9

Lane se sintió como la Cenicienta yendo al baile. El príncipe llegó vestido con un esmoquin negro y la escoltó hasta la limusina que los esperaba junto a la acera. La noche estaba despejada y oscura, la luna brillaba en mitad del cielo invernal. Se metieron en el elegante vehículo y, cuando Tyler la tomó de la mano, ella entretejió sus dedos con los de él.

—Gracias, Tyler. Hace bastante tiempo que no salgo por la noche a una fiesta.

El se limitó a sonreír, estudiando el abrigo de color verde oscuro que ocultaba por completo su vestido. Habían pasado juntos todas las noches desde el día de la regata y el despertar entre sus brazos creaba en Tyler una sensación de inmenso placer mezclada con otra de inexplicable miedo.

La limusina se detuvo y Tyler salió ofreciendo una mano para ayudar a Lane. Mientras ella salía, él pudo ver durante un instante una erótica imagen de unas piernas largas enfundadas en medias de color miel. Una vez afuera, Tyler le rodeó la cintura con los brazos y ella depositó las manos enguantadas sobre sus hombros.

—Acuérdate de mí en algún momento de la noche —dijo él.

—Tyler…, no pienso olvidarme de ti.

—Eso es lo que dices ahora, pero yo sé que mis amigos pueden ser muy persuasivos.

Ella se empinó y lo besó.

—Tú también lo eres.

Él la escoltó hasta dentro con una sonrisa. La reunión estaba

llena de vida y color y había ya multitud de parejas en la pista de baile mientras la banda tocaba una suave tonada. Otras personas ocupaban parcialmente las mesas exquisitamente decoradas que rodeaban la pista. Numerosos camareros paseaban ofreciendo copas de champán y canapés.

—¿Lane? Tu abrigo.

Ella lo miró sonriendo y se desabrochó la única hebilla que lo mantenía en su sitio. Se lo quitó y Tyler pudo admirar un atrevido vestido de seda verde oscuro, apenas sujeto sobre sus hombros, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Lo admiró extasiado y se sintió lleno de orgullo. La cascada de rizos de color caoba creaba un intenso contraste con el verde oscuro de la seda y el terciopelo de las mangas.

—¡Dios santo! —exclamó él al fin.

Ella sonrió, sonrojándose.

—Me alegro de que te guste.

—Lo que realmente me gustaría sería quitártelo ahora mismo.

Ella se apoyó sobre él, con una mano sobre su pecho.

—¿No puedes esperar unas horas? —le susurró al oído—. Preferiría estar a solas contigo y no con un montón de gente mirando.

—Si te miran es porque estás preciosa.

Lane echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que concentraba las miradas de la mayoría de los asistentes. Tuvo miedo. No debería haberse puesto sus mejores galas, debería haber emprendido una transición lenta desde la sosa señorita Douglas a la elegante Elaina Honora Giovanni. Tendría que haber pensado en que la gente necesitaba acostumbrase poco a poco a los cambios. Y el esfuerzo que llevaba años haciendo para pasar desapercibida iba a quedar reducido a cenizas. Pero, por otro lado, su mayor deseo había sido impresionar a los amigos y conocidos de Tyler, sabía que eso era importante para él. Pero estaba llamando demasiado la atención.

—Vamos —dijo Tyler—. Ahí está Kyle. Pobre hombre, viene sin pareja.

—Parece como si me hubiera transformado de sapo en princesa —se quejó Lane, aún incómoda por la atención que estaba despertando.

—Estás preciosa y yo orgulloso de que estés conmigo. Ese vestido es magnífico. Todo el mundo alabará tu buen gusto.

Eso era cierto, era uno de los últimos vestidos que había diseñado para su última colección y nadie lo había visto aún. Era de seda salvaje de color verde oscuro, con las mangas de terciopelo ligeramente abiertas en los puños, largo hasta los pies, con una breve cola en abanico y la espalda descubierta. Recordó con dolor que Dan Jacobs había arruinado su carrera y destruido su reputación.

—No hagas caso de las miradas —insistió Tyler al notar su incomodidad.

—Sólo me interesa la tuya. Así que estoy de suerte.

«Igual que yo», pensó Tyler mientras la conducía con gracia hacia la pista de baile. Ella se movía con una elegancia majestuosa y él se olvidó de las miradas, de los dolores del pasado y de la sorpresa de todo el mundo ante la nueva Lane Douglas. Algo parecido a un sentimiento de posesión se adueñó de él y la estrechó contra sí. Deseó que aquella noche no acabara nunca.

Tampoco Lane deseaba que acabara la magia del baile de gala. Al cabo de unos minutos había conseguido olvidarse de todo el mundo a excepción de Tyler. Se dio cuenta de lo mucho que lo amaba y de lo fácil que sería perderlo. El riesgo era alto, pero pensó que no sería justo seguirle guardando el secreto de su verdadera identidad. Se lo diría esa misma noche, esperando lo mejor.

La noche fue transcurriendo sin que Tyler se apartara de ella más que para ceder un baile a alguno de sus amigos. Incluso así, mientras bailaba con otro, la mirada de Lane seguía clavaba en los ojos de Tyler.

A las nueve se permitió la entrada de la prensa. Lane volvía la cara a cada disparo de las cámaras y Nalla, bendita fuera, se colocaba delante de ella siempre que podía. Llevaba un vestido diseñado por Lane, de seda azul marino y lleno de pedrería, que la hacía parecer una reina.

Lane y Tyler compartieron un último baile antes de que la noche se diera por concluida, deseando recuperar su intimidad. Se introdujeron en la limusina y Lane se apoyó sobre él dejando descansar la cabeza sobre su hombro. Él la rodeó con los brazos y la besó en la frente.

—Gracias —susurró Tyler—. Es la primera vez que me divierto de veras en una reunión social.

—Yo también lo he pasado bien, hacía tiempo que no asistía a un baile —dijo ella acariciando su pecho por encima de la camisa del esmoquin.

Luego jugó con uno de sus muslos y él sintió que su virilidad se tensaba y se inclinó para besarla en la boca. Fue un contacto húmedo y caliente.

Él pasó la mano por su espalda desnuda y metió los dedos por la cintura del traje.

—No llevas nada debajo del vestido —comentó sorprendido.

—La ropa interior arruina el diseño.

—De haberlo sabido nos habríamos ido de esa fiesta mucho antes.

—No hubiera sido correcto.

—Eso es cierto, pero tampoco hubiera sido conveniente que yo me paseara con esto —dijo él presionando una de las manos de ella sobre su erección.

Ella rió quedamente y, cuando la limusina paró delante de la casa de él, salieron como chiquillos subiendo los escalones del porche a la carrera. Tyler la besó una y otra vez mientras buscaba las llaves. Cuando las encontró, ella se las arrebató y abrió la puerta, tirando de él para que entrara. En cuestión de segundos, Tyler la tuvo acorralada contra una pared. Ella deshizo el nudo de la corbata y él enterró el rostro entre sus pechos.

—Te deseo —musitó.

—Tómame —repuso ella, sacándose las mangas y dejando que el vestido cayera al suelo. Se quedó completamente desnuda en el inmenso vestíbulo, a excepción de las medias y los zapatos de tacón alto.

Tyler pensó que nunca había visto una imagen tan *sexy*, pero ella recogió el vestido de inmediato y se dirigió hacia las escaleras. Cuando llegó al rellano del segundo piso, se dio la vuelta y lo miró.

—¿Vienes?

—Mujer, estoy empezando a descubrir tu lado salvaje —dijo él antes de subir los escalones de dos en dos para encontrarse con que ella ya yacía en un sillón del dormitorio. El atravesó la habitación, quitándose la camisa.

Ella no pudo esperar y lo obligó a arrodillarse. Las caderas de él se apoyaron sobre sus rodillas y se inclinó para besarla mientras su manos se acomodaban a la forma de su pechos. Tyler arrastró la boca hasta uno de sus endurecidos pezones y succionó mientras ella gemía de placer, sujetándole la cabeza con las manos. El pulso de Lane se incendió provocando una oleada de calor por todo su cuerpo. Ningún otro hombre la había hecho sentir tan deseada en toda su vida.

Ella echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndose y diciéndole lo feliz y lo necesitada que se sentía. El calor y la pasión bailaron en una danza única y Lane se removió en el sillón, buscando con las manos la hebilla del cinturón de los pantalones de él. Necesitaba sentir la fuerza de todo su cuerpo.

El mero contacto de sus femeninos dedos con la erecta virilidad provocó en Tyler una necesidad aún más intensa que inflamó todos sus sentidos. Pero él deseaba verla a ella disfrutar primero, así que se separó un poco y hundió la boca en el centro de su feminidad. Ella se abrió al contacto, estremeciéndose, y cuando Tyler introdujo dos dedos en su centro, ella gimió roncamente de placer.

—Tyler…

El inició un movimiento de vaivén.

—Quiero oírte gritar.

—Te necesito dentro de mí. Ahora.

Pero él meneó negativamente la cabeza, con una sonrisa maliciosa y volvió a aplicar la boca sobre los tiernos tejidos íntimos de ella. Lane gritó cuando él metió la lengua hasta el fondo y empezó a moverse convulsivamente, colocando las piernas sobre sus hombros. Tyler intensificó la fuerza de las caricias y ella gimió y gimió hasta acercarse al éxtasis, gritando su nombre. Él volvió a meter los dedos con energía y ella le gritó que necesitaba ser penetrada, que necesitaba que él compartiera con ella la cima del placer. Tyler la penetró en ese momento y Lane se sintió elevada a una realidad distinta, llena de pasión y gozo. Ella se estremeció con fuerza y él la arrastró hasta el suelo, embistiéndola una y otra vez. Ambos gemían al unísono de forma casi salvaje, compenetrados en lo que era un ritual muy antiguo. Tenían la mirada clavada el uno en el otro y él pudo ver cómo el éxtasis irrumpía en los ojos de ella y se trasladaba a todo su cuerpo, contagiándolo y provocándole una

oleada de sensaciones que lo condujeron a su propio clímax.

—Mi amor…; —gimió Lane con los ojos llenos de lágrimas. El le acarició las mejillas y ella se lanzó a besarlo salvajemente—. Te amo, Tyler —dijo sollozando.

—Lane, cariño… —dijo él mientras ella se acurrucaba entre sus brazos.

Ella sabía que se había propuesto contarle la verdad sobre su identidad y que el tiempo se acababa. Al cabo de unos instantes, él la levantó en brazos y la depositó sobre el centro de la cama. Luego dio unos pasos hacia atrás para contemplar su belleza antes de unirse de nuevo a ella. Ella lo recibió con los brazos abiertos y volvieron a perderse en un mar de sensaciones lujuriosas que duró toda la noche.

Lane se estiró en la cama, buscándolo y encontrando su lugar vacío.

—¿Tyler?

—Estoy aquí —contestó él desde el cuarto de baño.

Lane remoloneó, doblando la almohada para estar más cómoda y poder regodearse en el aroma de él. Pero sabía que tenía una cuenta pendiente y el temor de perderlo la inquietó.

Sabía que él estaba genuinamente interesado en ella, pero no había hecho ninguna promesa, ninguna declaración. Y ella tuvo que conformarse con los placeres del momento. Y, sin embargo, su corazón se moría por una propuesta de futuro y una vida en común. Pero tenía que contarle la verdad sin demora. Salió de la cama y buscó algo con que cubrirse. Eligió el albornoz de él. La ropa era una barrera necesaria para hablar con Tyler.

Sonó el teléfono y ella estuvo a punto de contestar, pero dudó.

—Deja que salte el contestador —gritó Tyler desde el baño—. No quiero arruinar tu reputación.

Ella sonrió y se cubrió con el enorme albornoz.

—Buon giorno, Elaina —dijo una voz.

Lane palideció. Era Dan Jacobs. Se lanzó sobre el teléfono.

—Se ha equivocado usted de número. —Imposible. Reconocería tu voz en cualquier parte.

—Está usted equivocado.

—¿De veras? Tengo fotos que demuestran lo contrario.

—¿Qué? ¿Fotos? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—No sabía que bailaras tan bien, Elaina. Y la regata, fue impresionante. Me enteré de tu paradero porque había que dar la noticia de que se había superado un récord deportivo en una pequeña ciudad del sur. Saldrá en primera página si me lo propongo.

—Dan, por favor, no hagas eso.

—Me debes una historia, cariño.

—Ya has escrito suficiente sobre mí y mi familia. No hay nada más que añadir —dijo Lane escuchando el sonido de la ducha—. Además, no te debo nada.

—Si no hablas conmigo, insertaré esas fotos en el periódico en menos de una hora, con grandes titulares. Estás preciosa vestida de verde oscuro.

—Por favor, no lo hagas, te lo suplico. No arruines mi vida de nuevo.

Durante unos instantes, Dan se mantuvo en silencio.

—Él no sabe quién eres, ¿verdad?

Lane colgó el teléfono y borró el mensaje, llorando a lágrima viva. Era demasiado tarde para evitar la catástrofe. Lo había perdido todo de nuevo. Ya no le importaban las repercusiones que la prensa pudiera tener sobre ella, pero sí el daño que toda la historia podía hacer a Tyler y a su familia.

Sabía que lo amaba con toda su alma, pero que su futuro en común era ya casi imposible. Tenía que detener a Dan Jacobs. Se vistió aprisa.

Tyler salió del baño.

—Lane, cariño, ¿adónde vas?

—Tengo que marcharme.

—Espera un momento —dijo él con el ceño fruncido.

—No, tengo que irme ahora mismo —dijo ella sin poder mirarlo a los ojos.

* * *

Tyler cruzó la habitación y la abrazó.

—Dios mío, estás llorando, ¿qué ha pasado?

—No puedo decírtelo, no puedo —balbuceó ella sollozando

desesperadamente.

—¿Quién ha llamado? —preguntó él.

«Díselo», la urgió una voz interior. —Dan Jacobs, un periodista —. ¿Qué te dijo?

—Algo en lo que no he querido pensar durante los dos últimos años.

—Cuéntamelo, preciosa.

Lane se libró de su abrazo y se envolvió con firmeza en el albornoz.

—Dan fue el hombre que me traicionó. Era periodista, pero me lo ocultó. Me sedujo y dijo que me amaba, pero sólo iba en busca de una historia para su periódico.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la venta de libros?

—Sobre mí. No me llamo Lane Douglas.

Tyler sintió cómo la sangre abandonaba su cuerpo y su pecho se tensaba con dolor, pero no dijo nada.

—Douglas es el apellido de mi abuela —prosiguió ella—, y Lane es la versión abreviada de… Elaina.

Tyler apretó los puños.

—Elaina… ¿qué más? —Elaina Giovanni.

El la miró de arriba abajo y, de pronto, se hizo la luz en su mente. Por supuesto, la había visto en los periódicos y en la televisión. —¿Giovanni, de la familia de los propietarios de la mayor bodega de Italia?

—Sí.

—Me has mentido —dijo él con tono mortecino.

—Pretendía proteger mi intimidad.

—¿Frente a qué?

—Frente a ese cretino de periodista. El destruyó mi vida. Yo era diseñadora de modas…

—Lo sé todo con respecto a ti —la interrumpió Tyler, analizándola con una mirada que ella hubiera preferido no tener que ver nunca—. Lo sé todo sobre tu familia y sus conexiones con el crimen organizado.

—¡Esas conexiones no existen! Nadie quiere creerme.

Él la miró con una mueca burlona.

—Ni me importa tu familia ni ese periodista, Elaina. Me has mentido a mí. Y después de todo lo que hemos compartido, no te

has atrevido a contarme la verdad. Debes de ser una artista consumada, porque me he tragado todos tus engaños como un idiota.

—¡No, Tyler!

—Cuando hacíamos el amor… ¿nunca se te ocurrió que deberías contarme la verdad?

—He dejado que las cosas llegaran demasiado lejos…

—¿Por qué no confiaste en mí? —preguntó él, dolorido.

—Porque me temía la reacción que estás teniendo.

Él la miró, disgustado, volviendo a sentir toda la humillación que su relación con Clarice había dejado tras de sí.

—No eres la mujer que yo creía que eras.

Ella se puso tensa.

—Sí, lo soy. Puede que me haya ocultado detrás de unas ropas anodinas, pero sigo siendo la misma. No he contado la verdad porque decidí refugiarme en el anonimato. No sabes lo desagradable y agotador que resulta estar todos los días en las portadas de los periódicos. Pisar la calle y verte rodeada de cámaras, y micrófonos. ¡Eso fue lo que me hizo Dan Jacobs, traicionarme y vender mi intimidad al público de dos continentes!

Un relámpago de comprensión cruzó la mente de Tyler, y aunque su corazón sangraba, se dio cuenta de que amaba a esa mujer. Ese descubrimiento lo hizo sentirse aún peor.

—Maldita sea, Lane. Yo podría haberte ayudado.

—La verdad hubiera arruinado tu reputación. Incluso tu negocio. La prensa todavía habla de conexiones con la Mafia y Dan sigue persiguiéndome a mí y a mi familia. No podía meterte en un asunto tan sórdido. Y traté de alejarte de mí, ¿recuerdas?

—Soy capaz de protegerme yo solo.

—Sí, ya, eso lo dices ahora. Yo también creía que podría cuidarme sola, pero la realidad fue muy distinta. En cuestión de dos semanas, me convertí en el hazmerreír de la profesión y perdí un contrato millonario con una cadena de grandes almacenes. Mi vida se convirtió en un infierno —concluyó ella disponiéndose a marcharse. No sabía cómo iba a llegar hasta su casa sin llamar la atención vestida con un traje de noche, pero no le importó.

—Espera, te llevaré a casa.

—No, gracias. Me las sé arreglar yo sola. Llevo dos años

haciéndolo —dijo con la voz entrecortada, tomando las llaves del coche de él—. Adiós, Tyler.

Tyler no pudo moverse. Deseó seguirla, pero sus mentiras lo mantuvieron pegado al suelo. «Detenla», gritó una voz en su interior. Pero ella había mentido sobre su vida y él se preguntó si no habría mentido también sobre su amor con la misma soltura.

Capítulo 10

Tyler no tardó mucho tiempo en experimentar en carne propia lo que Lane, o Elaina, había sufrido antes de llegar a Bradford; y era realmente desagradable.

Un grupo de reporteros y fotógrafos había acampado alrededor de su casa. Un idiota se había subido a un olmo del jardín para sacar una foto del interior de su dormitorio y había acabado cayéndose en un macizo de azaleas. Tyler se las había arreglado para hacerles caso omiso durante un par de días, pero ellos no habían cejado en su empeño.

—¿Conocía usted su identidad, señor McKay? —le gritó un periodista cuando salía para dirigirse a la oficina.

—¿Estaba usted al tanto de las conexiones criminales de la familia Giovanni? —preguntó otro.

—¿Estaba usted protegiéndola?

—¿Eran ustedes íntimos?

Esa última pregunta le llegó al alma. Tyler se dio la vuelta para enfrentarse al grupo que lo había seguido hasta la oficina, con ganas de repartir puñetazos a más de uno. Nunca se había sentido tan desgraciado.

—Salgan de mi propiedad antes de los haga detener por allanamiento.

—Éste es un país libre, señor McKay.

—Es cierto, pero yo poseo esta parcela —dijo dándoles la espalda para entrar en el edificio. El grupo de periodistas salió a la carrera detrás de él, pero Tyler bloqueó las puertas y dio

instrucciones a la recepcionista y al guardia de seguridad.

—Llamen a la policía y cuenten lo que está pasando. Quiero que esa panda de idiotas abandone mis propiedades.

—Sí, señor —dijo la recepcionista, levantando el auricular del teléfono—. Si nosotros estamos así —añadió—, ¿qué estará pasando con la señorita Douglas, quiero decir, con la señorita Giovanni?

La expresión de Tyler se tensó. Lo sabía. Su madre le había contado que Lane no había abandonado su casa para evitar a la prensa. Pero la situación de acoso era tal que los clientes no podían entrar a la tienda y ella tampoco podía salir. Y lo peor de todo era que a Lane no parecía importarle.

Avanzó a paso vivo hasta su despacho y cerró la puerta de un portazo, tentado de lanzar su maletín contra la ventana para verla hacerse añicos. El pensamiento de no volver a verla jamás, de no volver a tocarla, lo estaba volviendo loco. Se preguntó qué estaría sintiendo y pensando ella. Quería acompañarla, quería que volviera a recuperar la confianza en él. Pero… ¿por qué iba a volver a hacerlo? El le había dado la espalda en el momento crucial de la revelación. No necesitaba preguntarle si se arrepentía de haberlo amado: lo había visto con claridad en sus ojos cuando ella se había marchado de su casa. Tyler era consciente de que le había roto el corazón. Y él mismo se sentía destrozado por dentro.

Echó un vistazo al teléfono, lo descolgó y marcó su número. Se conectó el contestador automático y se la imaginó mirando cómo sonaba el teléfono, sola. Tyler colgó el teléfono sin dejar mensaje y se recostó sobre su sillón de cuero, girándolo para poder mirar por la ventana.

Recordó el gesto de desolación de Lane al abandonar su casa, como si se hubiera esperado la reacción de él. «Maldita sea», se dijo, «esto es un infierno». Ella no era una anodina vendedora de libros; era una heredera y una famosa diseñadora de modas. Y él la había rechazado y la había perdido. Se preguntó si era más honroso quedarse a solas con su orgullo o dejar que la mujer que amaba se enfrentara sin ayuda a los lobos. Inmediatamente se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Lane acababa de pasar por la última crisis de llanto cuando sonó el teléfono. Seguramente sería otro periodista, porque Tyler no se había dignado a llamarla en los dos últimos días. Se conectó el

contestador y cuando oyó la voz de su hermano, descolgó de inmediato.

—Ángel, sería capaz de matarte.

—Lo siento, gatita. No era mi intención que nada de esto sucediera.

—Sí, me lo imagino, pero… ¡has arruinado mi vida! —exclamó ella tragándose las lágrimas y deseando poderse apoyar en Tyler—. ¿Cómo has conseguido este número?

—Papá me lo dio.

—Traidor.

—Se lo supliqué. Hay algo que quiero contarte. ¿Puedes reunirte conmigo en alguna parte?

—Como si pudiera salir a la calle sin que me atacara una docena de perros hambrientos…

—Inténtalo. Tenemos que hablar.

—¿Dónde?

—Hay un pequeño restaurante en la esquina de la calle Hardeeville.

—Lo conozco, vivo aquí, ¿recuerdas?

—Dentro de una hora.

Unos minutos más tarde, Lane cruzó con bravura la horda de periodistas y se metió en el coche. Media hora después, entró en el restaurante. Su hermano se asomó desde uno de los reservados traseros, tan apuesto como siempre. Como Tyler, vestía vaqueros y una chaqueta de ante, lo cual no era habitual en él. Además, no se había afeitado y el cabello le llegaba hasta los hombros. Ella no sabía si abrazarlo o soltarle un manotazo.

—Hola, gatita.

Lane se dejó abrazar brevemente antes de tomar asiento en el reservado.

—Habla, hermano —dijo ella en italiano.

—Llevo más de tres años trabajando con las autoridades.

—¿Las autoridades? ¿Te refieres al FBI?

—Sí, efectivamente.

Lane escuchó mientras Ángel le contaba que el FBI le había pedido ayuda para utilizar su elevado rango social con el fin de hacer amistades entre miembros de la Mafia y descubrir todos los secretos que fuera posible.

—Dios mío —se asombró Lane, dándose cuenta de que un infiltrado en el sector del crimen tenía que guardar bien su secreto. Parte de ella se sentía orgullosa, pero otra parte aún se resentía de lo que todo eso había significado para su familia.

—Maldita sea, Ángel, tu juego ha arruinado mi vida. Lo he perdido todo, incluso al hombre que amaba.

—Dan Jacobs es un cretino.

—No me refiero a él, idiota. Aunque estuvieras cargado de razón, deberías habérnoslo advertido. Nos has utilizado de forma cruel e injusta. He tenido que mentir a todo el mundo y he perdido al hombre que amaba.

—¿Estás enamorada? —preguntó él con una sonrisa—. Qué buena noticia. ¿Cómo se llama?

—Ya no importa.

—Supongo que eso significa que no piensas perdonarme.

—Dame una buena razón para que lo haga. —El FBI ha detenido a los culpables y yo estoy recibiendo entrenamiento como espía—. ¿Estás loco?

—Te parecerá sorprendente, pero soy bueno en esa especialidad —explicó—. Nacimos rodeados de dinero, Elaina, y yo nunca he tenido un trabajo propio como tú, Sophia o Ricco. No me gustaba lo que veía en el espejo por las mañanas.

—¿Y ahora sí te gusta? —preguntó ella con sarcasmo.

—Al menos le he dado sentido a mi vida.

—¿Y nosotros?

—Me siento culpable, pero me gustaría que me perdonarais.

—Haré un esfuerzo —dijo finalmente Lane con una sonrisa—. Estoy orgullosa de ti, Ángel.

—Gracias, hermana. ¿Quién es ese hombre al que amas? —Ella bloqueó su expresión y se dispuso a partir—. Lo siento, Elaina. Si pudiera arreglar las cosas, lo haría.

—No puedes, Ángel.

Tyler se internó entre la maraña de periodistas que hacía guardia delante de la tienda de Lane.

—Cuéntenos, señor McKay, ¿es Elaina una tigresa en la cama? —le gritó uno de los reporteros.

Tyler se quedó helado y, sin pensárselo dos veces, le doy un puñetazo en la cara a Dan Jacobs. Multitud de cámaras se

dispararon, pero a él no le importó. Llegó hasta la puerta y llamó.

—¡Elaina!

Se abrió la ventana del piso superior.

—Vete, Tyler, por favor.

—No pienso irme a ninguna parte, me quedaré aquí hasta que aceptes hablar conmigo. —De acuerdo— dijo Lane con resignación. Tyler se dirigió a la parte trasera de la casa y esperó a que ella le abriera la puerta.

El entró y ella cerró con llave, sin apenas mirarlo.

—Bienvenido a mi mundo —dijo.

Tyler subió las escaleras mientras marcaba un número en el teléfono móvil.

—¿*Sheriff*? Quiero que saque a todos esos idiotas de la propiedad de Lane —dijo—. Los clientes no pueden entrar y ella no puede salir. Creo que se trata de una violación de las leyes del libre comercio, ¿de acuerdo? —Escuchó al *sheriff* durante unos instantes antes de colgar.

—Gracias —dijo Lane—. Nunca he podido confiar en la policía.

—Esto es una locura —repuso él mirando por la ventana—. Al menos no tienen fotos de nosotros juntos en la cama.

—Y eso… ¿qué importa ahora? No quería que el asunto repercutiera sobre ti, pero no he podido evitarlo. Mentí para defender mi anonimato y no me arrepiento de nada, salvo de cómo hemos terminado tú y yo.

—Lo nuestro no se ha acabado, cariño.

—Esto no va a parar. Mi hermano no puede defendernos. Está trabajando para el FBI en secreto. Tendré que marcharme de Bradford.

—¡No! Eso significaría tener que volver a ocultarte, Elaina.

Es una cuestión de supervivencia, Tyler. Intento sobre sobrevivir. Y cuando intenté confiar en ti me diste la espalda.

Lo sé y lo siento, cariño. Pero no podía creme que me hubieras mentido, ni que no hueras confiado en mí.

_Tyler…, yo sí confiaba en ti, pero no podía arriesgarme a arruinar la relación que teníamos.

—Que todavía tenemos —repuso él con intensidad, sentándose al lado de ella y tomándola fuertemente de las manos—. Mírame, cariño. Lane levantó la vista y Tyler vio en sus ojos la esperanza.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de mí? —Que me perdones —ella alzó las cejas—. No podía imaginarme que habías abandonado todo a cambio de un poco de paz hasta que esos lobos aparecieron por aquí. —No sabes lo humillante que resulta que me dio mundo conozca hasta los detalles más íntimos de tu vida. Intenté cambiar, pero he fracasado. No puedo evitar seguir siendo yo misma—. Yo no quiero que cambies. La posibilidad de perderte me ha tenido aterrorizado.

—¿Por qué?

—Porque sé que me quieres por mí mismo, no por mi dinero. Y a mí me pasa lo mismo, te quiero a ti, ya seas Lane o Elaina.

—Pero me dejaste marchar, Tyler.

—Lo sé y estoy avergonzado. Deberíamos haber luchado juntos desde el principio. Lo siento. ¿Me perdonas?

—Es una cuestión de supervivencia, Tyler. Miento para sobrevivir. Y cuando intenté confiar en ti, me diste la espalda.

—Lo sé y lo siento, cariño. Pero no podía creerme que me hubieras mentido, ni que no hubieras confiado en mí.

—Tyler…, yo sí confiaba en ti, pero no podía arriesgarme a arruinar la relación que teníamos.

—Que todavía tenemos —repuso él con intensidad, sentándose al lado de ella y tomándola fuertemente de las manos—. Mírame, cariño.

Lane levantó la vista y Tyler vio en sus ojos la desesperanza.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de mí?

—Que me perdones —ella alzó las cejas—. No podía imaginarme que habías abandonado tu vida a cambio de un poco de paz hasta que esos lobos aparecieron por aquí.

—No sabes lo humillante que resulta que medio mundo conozca hasta los detalles más íntimos de tu vida. Intenté cambiar, pero he fracasado. No puedo evitar seguir siendo yo misma.

—Yo no quiero que cambies. La posibilidad de perderte me ha tenido aterrorizado.

—¿Por qué?

—Porque sé que me quieres por mí mismo, no por mi dinero. Y a mí me pasa lo mismo, te quiero a ti, ya seas Lane o Elaina.

—Pero me dejaste marchar, Tyler.

—Lo sé y estoy avergonzado. Deberíamos haber luchado juntos

desde el principio. Lo siento. ¿Me perdonas?

Ella lo miró. —Sí.

—Pero no puedo ofrecerte una vida sin notoriedad, Elaina. Mi empresa y mi familia llaman la atención.

—Tampoco el anonimato es perfecto, Tyler. No me di cuenta de lo sola que estaba hasta que no aparecisteis tú y tu familia.

—A pesar de mi familia y de mis amigos, yo también me sentía sólo hasta que me enamoré de ti.

—Tyler, por favor, no digas eso si no lo sientes de verdad. No podría soportarlo.

—Escúchame, Elaina Honora Giovanni, no he sabido lo que era el amor hasta que te conocí.

—Tyler…

—Te amo, Elaina. Te amo tanto que no puedo soportar la idea de separarme de ti.

—Tyler, yo también te amo —exclamó ella mientras él la rodeaba con los brazos y hundía la cabeza en su escote, aspirando su aroma. Luego la besó y sus cuerpos recuperaron la pasión perdida.

Cuando Tyler volvió a mirarla, vio un futuro lleno de deseo y diversión.

—Entonces…, ¿aceptas casarte conmigo? —Ella parpadeó, atónita—. Cásate conmigo, Elaina. Vente a vivir a esa enorme casa y haz de ella un hogar. Ten hijos conmigo. Déjame pasar el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te quiero.

Lane miró el anillo que él se había sacado del bolsillo.

—Tyler… —Él esperó pacientemente a que ella tomara una decisión—. Sí, sí —dijo al fin con una sonrisa espléndida.

El le puso el anillo, la abrazó y la besó con intensidad. Luego le llenó el rostro de besos antes de izarla y bailar con ella por la estancia, riendo de gozo. Después la soltó y se dirigió decididamente hacia las escaleras, dispuesto a enfrentarse a los periodistas.

—¡Tyler, no lo hagas, será peor!

—Confía en mí.

Lane lo siguió y cuando Tyler abrió la puerta y le pasó el brazo por los hombros, los fiases de las cámaras se dispararon.

—Soy Tyler McKay —dijo—, y estoy enamorado de Elaina

Giovanni. Le he pedido que se case conmigo y ha aceptado.

—Señorita Giovanni… ¿es eso cierto?

—Sí, completamente. Lo amo —dijo Lane riendo. Su mundo había estado poblado de sombras hasta que él había llegado para despertarla a la vida. La había convencido de que ocultarse no era la solución y de que era preferible mirar de frente a la realidad, dados de la mano.

Mientras se sucedían las preguntas de los reporteros, Tyler alzó la barbilla de Lane y le dio un ligero beso en la boca que daría la vuelta al mundo en las portadas de las revistas.

Epílogo

Navidad, dos años más tarde

La música y el jaleo llenaban la enorme casa que olía a canela. Había tantos parientes de los McKay y de los Giovanni que resultaba difícil saber de quiénes eran los hijos de cada cual.

Tyler buscó a su esposa con la mirada, pero se rindió al cabo de unos instantes. Le gustaba la familia Giovanni, los había visto en varias ocasiones desde que se había casado con Elaina en una boda que había sido retransmitida por televisión y cubierta por la prensa. Pero, gracias a Dios, ahí había acabado la presión de los medios de comunicación, ya que el FBI había aclarado por fin la inocencia de la familia Giovanni. Desde entonces la vida se había vuelto inesperadamente tranquila y feliz.

—Hola a todo el mundo —dijo Elaina desde lo alto de la escalera, con un vestido de terciopelo de color burdeos hasta los pies, que mostraba la redondez de su vientre.

Tyler esperó a que bajara las escaleras y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Cansada? —preguntó besándola en la frente.

—Un poco —repuso ella echando un vistazo al concurrido salón. Su madre charlaba tranquilamente con su padre y todos parecían estarlo pasando bien. Sintió una contracción.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Tyler.

—Estoy bien, no es nada que no se pueda arreglar en una sala de partos.

—OH, Dios mío.

—No quiero estropearos la cena.

—Olvida la cena.

Kate había observado toda la escena y se volvió hacia su otro

hermano.

—Kyle, trae el coche hasta la puerta. David —le dijo a su marido —, vete a buscar el equipaje de Elaina. Mamá, hazte cargo de los niños. Sophia, ayúdame a empaquetar la comida y nos llevaremos la fiesta al hospital.

—Gracias, Kate —dijo Elaina.

—Mi amor —dijo Tyler, acariciándole el vientre.

—Yo también te quiero —repuso Elaina—. Vamos a tener un bebé esta noche.

—Eso parece.

Seis horas más tarde, Elaina Honora Giovanni presentó a Tyler una preciosa niña pelirroja. Mientras su padre la acunaba, decidieron llamarla Honora, en recuerdo de la bisabuela de Elaina.

—Feliz Navidad, cariño —dijo Tyler devolviendo a la niña a los brazos de su madre.

—Estoy segura de que eres el primer hombre de Bradford que tiene una hija el día de Navidad.

—Siempre me ha gustado destacar un poco —contestó el con satisfacción, admirando la belleza de las dos mujeres de su vida.

Lane rió.

El pasado había quedado atrás y el amor que crecía día a día se había visto recompensado con una hija.

Se miraron a los ojos y supieron que su vida en común sería legendaria.

FIN



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.